

La Vida de Santa Radegunda escrita por Baudonivia

RESUMEN

De santa Radegunda (520?-587), ex-esposa del rey merovingio Clotario I y fundadora del monasterio de "Santa María" (más tarde denominado "de la Santa Cruz" de Poitiers), nos han llegado dos biografías, escritas por autores que estuvieron ligados a su vida y a su persona: el poeta italiano Venancio Fortunato (que la escribiría unos pocos años tras la muerte de la santa) y la de la monja Baudonivia, religiosa del citado monasterio, que lo haría a comienzos del s. VII. El hecho de que los biógrafos tuvieran un trato personal con la santa y que uno de ellos fuera una mujer hacen de estas biografías, si tenemos presente la época en que fueron escritas, un hecho singular. Sobre la biografía escrita por Baudonivia versa nuestro trabajo que, tras informar sobre su autora y su obra, ofrece su versión al español, siendo la primera que se hace en nuestra lengua.

ABSTRACT:

There exist two biographies of Saint Radegund (520?-587), ex-wife of the Merovingian King Clotar I and founder of the "St. Mary" monastery (later know as monastery "of the Holy Cross", they have been written by authors who were personally bound to St. Radegund: one by the Italian poet Venantius Fortunatus (who wrote his biography few years after her death), and the other one by the nun Baudonivia, who lived in the above mentioned monastery and wrote her work at the beginning of the VIIth century. The fact that these biographers had a personal relation with St. Radegund makes these biographies particularly interesting; moreover in the case of Baudonivia, since she was a woman writing in a very particular historical context. Our work focuses on her biography, up to now untranslated into Spanish. Our translation is accompanied by a study on the biographer and her work

De santa Radegunda (h. 520-587) nos han llegado dos biografías, escritas, una, por Venancio Fortunato, al poco tiempo de morir la santa, y otra por Baudonivia, monja del monasterio de la "Santa Cruz" de Poitiers (fundado por la santa ex-reina), en los primeros años del s. VII (se estima que entre los años 609-614)¹. En ambos casos se trata de biógrafos que: a) estuvieron, con toda probabilidad, en relación muy personal con la biografiada, lo cual ya es una circunstancia muy notable; b) circunstancia enriquecida por el hecho (especialmente sobresaliente por la época en que fue escrita la "Vida") de que uno de los biógrafos sea una mujer; c) ambos biógrafos están en régimen de dependencia reverencial respecto de la biografiada². Las biografías de Venancio Fortunato y de Baudonivia, espe-

(1) El texto de tales biografías fue editado por B. Krusch, bajo la denominación de *Liber I* la de Fortunato y *Liber II* la de Baudonivia (de ahí que los investigadores suelen referirse a las mismas como *Vita I* y *Vita II*), formando parte de los *Fredegarii et aliorum Chronica. Vitae sanctorum* en *Scriptores rerum merovingicarum*, tomo VII de los *Monumenta Germaniae Historica*, Hannover, 1888 (reed. 1956), pero, por lo que se refiere a la sola biografía de Fortunato, el mismo editor la había publicado, en 1885 (reed. 1961) en los mencionados *Monumenta*, formando parte de la colección en prosa de biografías de santos compuestas por (o atribuidas a) Fortunato, conocida bajo el título de *Opera pedestria*. Hace unos años P. Santorelli volvió a editar el texto de Baudonivia, acompañado de "Introducción, traducción al italiano, notas y amplio comentario" (*La "Vita Radegundis" di Baudonivia*, Napoli, M. D'Auria, 1999), siguiendo la edición de B. Krusch, la de 1888, salvo en una media docena de ocasiones que van especificadas en sus "Note al testo" de página 66. Nosotros, para nuestra traducción, nos hemos servido de la edición de P. Santorelli.

(2) En este caso se suele mencionar, como precedentes, por un lado, la *Vita sancti Caecilii Cypriani episcopi Carthaginensis* (*Patrologia Latina*, 3, 1481 ss.), escrita por Pontio, diácono del obispo Cipriano (muerto éste en el 258) y uno de sus discípulos más íntimos, que acompañó al obispo al destierro un año antes de su martirio y continuó acompañándolo hasta el momento de su muerte (la información nos la ofrece san Jerónimo en su *De viris illustribus*, 68); y, por otro, la *Vita sancti Martini* (la vida de san Martín se extiende entre el 316 y el 397) por su amigo y fervoroso discípulo Sulpicio Severo (h. 360-425?). La obra de Sulpicio Severo fue más tarde puesta en verso por Paulino de Périgueux, en el 470, en 6 libros, y por el mismo Venancio Fortunato, en 4 libros, en el 575.

cialmente la del primero, serían “modernizadas” y engalanadas literariamente, como el mismo autor confiesa en el “Prólogo”, por Hildeberto de Lavardin (1056-1133/34) en el s. XII³.

Las dos biografías fueron compuestas una vez apaciguada la rebelión que, en el 589/590, acaudillaron en el monasterio de la “Santa Cruz” las monjas Chrodielde (Clotilde), hija del rey Cariberto, y su prima Basine, hija del rey Chilperico⁴, enfrentadas a la abadesa Leuovera⁵, quienes, amparándose en la aristocracia de su origen⁶, acusaban a la abadesa de diversos car-

(3) El propio Hildeberto, en el “Prólogo”, deja constancia de que ha seguido con preferencia a Fortunato, movido tanto por la vida de éste como porque, al ser obispo (Fortunato lo fue de Poitiers al final de su vida, hacia el 599), tiene gran autoridad.

(4) Que la *Vita I* fuera compuesta (lo mismo que, evidentemente, la *Vita II*) tras la rebelión en el monasterio en 589/590, es decir, unos dos o tres años después de la muerte de Radegunda, es opinión que también ha sido defendida por otros autores; por ejemplo, J. A. McNamara / J. E. Halborg / E. Gordon Whatley, *Sainted Women of the Dark Ages*, Durham and London, Duke University Press, 1992 (que ofrecen una versión, al inglés, ambas *Vitae*), dicen en pág. 65, tras hablar de la mencionada rebelión y apaciguamiento de la misma: “Both Fortunatus and Baudonivia’s biographies were written after the storm had been quelled. Possibly they wished to recall the community to an earlier and better time when they had lived as sisters under a woman who rejoiced to call them her chosen daughters”; pero no han faltado autores que han defendido la tesis contraria; así, F. E. Consolino, “Due agiografi per una regina: Radegonda di Turingia fra Fortunato e Baudonivia”, *Studi Storici*, 29 (1988) 143-159: “Inoltre, benchè fra i due libri [*Vita I* y *Vita II*] corra meno di una generazione, separa Fortunato da Baudonivia un grave episodio di insubordinazione, di cui furono protagoniste, poco tempo dopo la morte di Radegonda, due principesse merovingie monache alle Sainte-Croix” (pág. 145).

(5) Sucesora, como abadesa del monasterio, de Inés, la joven primera abadesa (impuesta en su cargo por Radegunda) y muerta muy poco tiempo después que la propia fundadora.

(6) La razón la expone el propio Gregorio de Tours, *Historia Francorum*, IX 39 (pág. 460, lín. 2-3, edic. de los *Monumenta Germaniae Historica*), al referirse a Chrodielde: *ipsa quoque quasi de parentibus confisa regibus*. Gregorio, en los capítulos 39 al 43 del libro IX y del 15 al 17 del libro X nos ha dejado un relato pormenorizado y muy sugestivo de la grave rebelión, de la que él mismo no sólo fue testigo presencial sino que intervino decididamente, junto con otros obispos, en su desenlace.

gos, expuestos ante el tribunal de obispos reunidos para juzgar el caso, cargos de los que la abadesa se justificó debidamente ante el tribunal: así, el tener en el monasterio, y a su servicio, un hombre revestido de ropas de mujer⁷; celebrar en el convento los esponsales de una sobrina; permitir que se celebraran juegos de dados en los que tomaba parte la propia abadesa; dejar que hombres se bañaran en los baños de la comunidad, etc.⁸. Es muy posible incluso que la razón fundamental de que se escribieran ambas biografías fuera precisamente el devolver al monasterio la buena fama y el buen nombre que había tenido mientras en él vivió la santa fundadora. Es indudable, de todas maneras, que en vida de la misma debieron darse circunstancias dignas de crítica: podrían ser, por ejemplo la estrecha y, a veces, turbadora relación de lo que se ha querido denominar, unas veces, *amor spiritualis*⁹; otras, “une belle amitié”¹⁰ y nosotros hemos calificado de “amor pre-cortés”¹¹ entre Radegunda y

(7) *Hist. Franc.*, X 15 (pág. 504, 5-8).

(8) *Ibidem*, cap. 16 (pág. 505, 13 ss.).

(9) De entre los numerosos trabajos que han estudiado el tema, véase el de F. E. Consolino, “*Amor spiritualis* e linguaggio elegiaco nei *Carmina* di Venancio Fortunato”, *Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa*, VI, 4 (1977), 1351-1368.

(10) Así, J. Leclercq, “Les relations entre Venance Fortunat et sainte Radegonde”, *La riche personnalité de sainte Radegonde*, dirección de M. Guilloteau. Poitiers, 1988, 61-76, en pág. 65.

(11) “En los confines de la romanidad: Venancio Fortunato, un escritor de frontera”, *Archivum*, L-LI (2000-2001), 383-427, en pág. 401. Ya G. Chiri, en *Poesía cortese latina. (Profilo storico dal V al XII secolo)*, Roma, 1954, pág. 25, llama a Venancio Fortunato “il primo vero poeta cortese”. Esclarecedoras son las páginas que dedica R. P. Bezzola, *Les origines et la formation de la littérature courtoise en Occident (500-1200). Première Partie: La tradition impériale de la fin de l'Antiquité au XIe siècle*, Paris, 1968, chap. IV, II, “Fortunat à Poitiers. Sainte Radegonde et le nouvel idéal de femme” (págs. 55-74), a la relación de amistad entre Radegunda, Inés y Fortunato y a la influencia ejercida por nuestro poeta en la poesía cortés de la Edad Media (págs. 74-76). Por otra parte, véase B. J. Rogers, “In praise of Radegund: A Commentary of the Love Poetry of Venantius Fortunatus”, *An International Journal*, 1971, 264-272.

la abadesa Inés por un lado y Venancio Fortunato, ecónomo y administrador del monasterio por otro¹², relación de la que entrarían a formar parte, de un lado y de otro, continuos regalos¹³ e invitaciones a Fortunato a comer¹⁴; o el quebrantamiento de alguno de los artículos de la Regla monástica, como, por

(12) J. W. George, *Venantius Fortunatus. A Latin Poet in Merovingian Gaul*, Oxford, Clarendon Press, 1992, 161-178, ha estudiado minuciosamente los poemas dedicados por Fortunato a ambas monjas, así como la "close and loving personal relationship between the two nuns and the poet" (pág. 170), recordando, por otra parte (pág. 173), que "amistad" entre un santo y mujeres devotas gozaba de una cierta tradición, como lo ejemplifican san Jerónimo y su círculo de discípulas femeninas: Marcela, Paula y Eustoquio. Ahora bien, la atmósfera de especial afecto creada en torno a Radegunda, Inés y Fortunato necesariamente no debió de pasar inadvertida a los miembros de la comunidad (una comunidad multitudinaria: cuando Gregorio de Tours acudió al monasterio de Poitiers a celebrar, en ausencia del obispo del lugar, Maroveo, las exequias en honor del cadáver de Radegunda, nos dice -*De gloria beatorum confessorum*, cap. 106- que se encontró con una comunidad de casi doscientas religiosas); es más, tal relación debió de haber dado lugar a comentarios poco favorables ya que, en el poema 6 del libro XI de los *Carmina*, Fortunato se siente apesadumbrado y se lamenta "de sus propios daños, por miedo a que palabras criminales, con su ligero chismoreo, acaben siendo un obstáculo a mis sentimientos" (versos 14-15). La verdad es que este poema es de una subida e inquietante sensualidad: a Inés y Fortunato sería "como si en un solo parto nuestra madre Radegunda nos hubiera engendrado a los dos en sus castas entrañas y como si, igualmente, los queridos pechos de la bienaventurada nos hubieran alimentado a los dos con el raudal de su leche" (versos 9-12). Fortunato se esfuerza en poner de relieve que su amor hacia la abadesa es puro y fraternal: "Cristo es testigo, en compañía de Pedro y Pablo -y santa María con sus piadosas acompañantes- de que yo no tengo hacia ti otros ojos y otros sentimientos distintos a los que tengo por Titiana, mi hermana por la sangre" (versos 5-8). Pues bien, los investigadores son de la opinión de que, dirigido a la abadesa Inés, el poema debió de haber sido compuesto tras la muerte de Radegunda, ya que, como dice el editor y traductor de los *Carmina*, M. Reydellet -*Venance Fortunat, Poèmes*, Paris, Les Belles Lettres, Livres I-IV, 1994; V-VIII, 1998; IX-XI, 2004-, en nota al poema: "il est probable que, du vivant de la reine, les mauvaises langues n'auraient pas osé se donner libre cours".

(13) *Carmina*, VIII, 6 y 8; XI, 9; 10, 12; 13; 14; 15; 17; 18; 19, 20 y 24.

(14) XI, 16; 22; 22a; 23; 23a. Sobre ambos casos, véase D. Tardi, *Fortunat. Étude sur un dernier représentant de la poésie latine dans la Gaule mérovingienne*, Paris, Boivin, 1927, 172-178.

ejemplo, el tener una celda personal sin compartirla con nadie¹⁵, el inmiscuirse fervorosamente en asuntos mundanos, como las luchas entre sus hijastros, y el mantener comunicación continua y activa con altas personalidades del mundo, bien sea reyes, obispos o altos dignatarios civiles o religiosos¹⁶, etc.; pero nadie en el monasterio se habría atrevido, dada la autoridad con la que Radegunda, escudada tras la pantalla de la abadesa Inés, controlaba las riendas de la vida monástica, a criticar la actuación de la santa fundadora.

(15) Tanto la Regla de san Benito, por la que en un principio se rigió la vida de la comunidad de Poitiers, como la de san Cesáreo, adoptada por la comunidad a partir de un determinado momento, insisten en que nadie tenga una celda para uso personal, durmiendo todos los miembros de la comunidad en un dormitorio común: Regla de san Benito, cap. XXII 1-3; Regla de san Cesáreo, cap. VII (= 9, 1-2 de la edición de "Sources Chrétiennes", n° 345). Alusiones a una celda personal de Radegunda las encontramos en: *Vita I*, 29 (pág. 374, 3 de la edición de los *Monumenta Germaniae Historica*, edic. de 1888); 33 (375, 3); 37 (376, 4-14); *Vita II*, 19 (pág. 96, 480 de la edición de P. Santorelli). La *Regula virginum* que san Cesáreo, obispo de Arles, redactó para su hermana Cesárea y la comunidad del monasterio de san Juan en Arles, a partir de un determinado momento, como queda dicho, rigió la vida del monasterio de la "Santa Cruz" de Poitiers. La fecha de la adopción en Poitiers de tal Regla ha sido muy discutida, aunque, si aceptamos la propuesta por la especialista Y. Labande Mailfert, "Les débuts de Sainte-Croix", en *Histoire de l'Abbaye Sainte-Croix de Poitiers. Quatorze siècles de vie monastique* (dirección de E. R. Labande), Poitiers, 1987, págs. 21-75 (notas en 109-113), tuvo que ser antes del 561 y no entre los años 570 y 573 cuando Radegunda, acompañada de la abadesa Inés, se desplazó a Arles (una referencia a tal viaje la encontramos en Gregorio de Tours, *Hist. Franc.* IX 40, -pág. 464, 16-465, 3-), indudablemente para intercambiar opiniones con la comunidad arlesiana en torno a la Regla. Imposible, en el corto espacio de una nota, exponer, aunque sea someramente, la problemática que encierra la adopción de la Regla de san Cesáreo por parte de la comunidad de Poitiers, pero no podemos pasar por alto una de las consecuencias más importantes de la adopción de tal Regla: de acuerdo con el artículo 64 de la misma, la comunidad que la siguiera quedaba exenta de la sumisión y obediencia al obispo del lugar, pasando a depender directamente de la Santa Sede (tal exención había sido concedida a Cesáreo por el Papa Hormisdas). En el caso de la comunidad de Poitiers tal disposición tenía una importancia extraordinaria dadas las pésimas relaciones entre dicha comunidad y el obispo Maroveo.

(16) *Vita II*, cap. 10. Véase, al respecto, E.-R. Labande, "Radegonde, reine, moniale et pacificatrice", *La riche personnalité ...*, 37-58.

Ahora bien, tras la muerte de ésta y, al poco tiempo, la de la propia abadesa, el orgullo, presuntamente ofendido, de algunas religiosas que, por pertenecer a la más alta nobleza, se sentían postergadas, se desbocó como un potro salvaje y las monjas rebeldes tuvieron que ser detenidas por la fuerza (el conde Macón envió un destacamento armado para hacerles frente), sacadas del monasterio y, atadas a unos postes, ser sometidas a crueles castigos: a unas se les cortó el pelo, a otras, las manos; a algunas, las orejas y la nariz, no sin antes enfrentarse al destacamento armado Chrodieldo, quien, con la cruz del Señor en alto, gritaba: “no pretendáis hacerme violencia: yo soy reina, hija de rey y sobrina de otro rey”¹⁷.

Después de dejar constancia de que de la autora de la *Vita II* no tenemos prácticamente noticia alguna sobre su vida (lo único que sabemos es lo que se desprende de su propia obra: que escribió la biografía de la santa fundadora por encargo de la abadesa Dedimía y de la propia comunidad; que lo hizo sin pretender repetir lo que ya había dicho sobre Radegunda Venancio Fortunato; que da la impresión de que fue compañera y confidente de la santa fundadora en vida de ésta y que es relativamente culta, sobre todo por lo que se refiere al conocimiento de la Biblia y de las biografías de ciertos santos redactadas por Fortunato), digamos que, sin embargo, muchas son las cuestiones relacionadas con Baudonivia y su obra que han despertado el interés de los investigadores, sobre todo teniendo presente que se trata de una mujer que escribe sobre otra mujer en los albores de la Alta Edad Media, pero, por exigencias de la brevedad, sólo vamos a aludir a un par de ellas.

La primera y más importante es la que se refiere a las relaciones que se pueden establecer entre la *Vita I* y la *Vita II*: ¿en qué se parecen y en qué se diferencian ambas biografías? ¿Desde qué perspectiva están compuestas, cada una por su

(17) *Hist. Franc.*, X 15 (pág. 503, 14 ss.).

lado, tales obras? ¿Qué razones movieron a sus autores a escribirlas?¹⁸ En segundo lugar, cuestión que ha despertado, igualmente, el interés de los investigadores, es tratar de dilucidar si la autora de la *Vita II* convivió con la santa fundadora o si el conocimiento que de ella tiene no es más que el producto de una tradición oral mantenida a lo largo de los años en el monasterio.

A la hora de dar cuenta de las características de cada una de las dos biografías, así como de las relaciones que se pueden establecer entre ellas, muchos son los investigadores que nos han dado su opinión sobre este tema. La simple lectura de ambas nos deja ver claramente, de entrada, que en la de Fortunato lo que se nos ofrece esencialmente es la estampa de una mujer que, habiendo sido hija de rey¹⁹, esposa de rey²⁰ y madrastra de reyes²¹, renunció a todo, se entregó a las más sobrecogedoras penitencias²², a través de ellas consiguió la

(18) El tema ha sido directamente tratado, por ejemplo, por: C. Leonardi, "Fortunato e Baudonivia", *Aus Kirche und Reich. Studien zu Theologie, Politik und Recht im Mittelalter*. Festschrift für F. Kempf (curavit H. Mordeck), Sigmaringen, 1983, 23-32; F. E. Consolino, "Due agiografi ..." ya citado; J. Leclercq, "La Sainte Radegonde de Venance Fortunat et celle de Baudonivie", *Fructus centesimus, Mélanges offerts à Gérard J. M. Bartelink à l'occasion de son soixante-cinquième anniversaire*, Steinbrugge, 1989, 207-216; M. Rouche, "Fortunat et Baudonivie: deux biographes pour une seule sainte", *La Vie de sainte Radegonde par Fortunat. Poitiers, Bibliothèque Municipale, Manuscrit 250 (136)*, sous la direction de R. Favreau, Paris, 1995, 239-249. Véase nuestra propia aportación al tema en el primer apartado ("Las biografías escritas por Venancio Fortunato y Baudonivia") de "Cuatro Notas a las *Vidas* de santa Radegunda escritas por Venancio Fortunato y Baudonivia", *Memoria Ecclesiae*, XXV (2004), 333-356, en páginas 333-345.

(19) Bertario, rey de Turingia.

(20) El merovingio Clotario I.

(21) Sigiberto y Chilperico, por sólo citar aquellos que, durante la vida de Radegunda, vivieron enfrentados en luchas fratricidas y fueron motivo de honda preocupación para la santa: véase el cap. 10 de *Vita II*.

(22) Las insufribles penitencias que, antes de entrar en religión y, sobre todo en Cuaresma una vez ingresada en el convento, se imponía la santa son narradas por Fortunato con un realismo tan descarnado que estremecen al lector;

palma de un martirio que siempre deseó desde niña²³, se negó a sí misma en todo y se entregó a la oración y a la búsqueda de su encuentro con Cristo, convirtiéndose en perfecto modelo de religiosa para todas sus compañeras de claustro.

Ahora bien, si nada de cuanto coadyuva a engrandecer la figura de la santa falta en la biografía de Fortunato, llama poderosamente la atención la ausencia en su relato de referencias a acontecimientos importantes en la vida de Radegunda (en alguno de los cuales estuvo involucrado él mismo) como son: la construcción del monasterio y el ingreso en religión de la santa; ninguna mención de las preocupaciones de Radegunda por los acontecimientos históricos del momento, promovidos muchas veces por sus propios hijastros; ninguna referencia a sus denodados esfuerzos por granjearse todo tipo de reliquias, especialmente la de la santa Cruz²⁴, con motivo de cuya entronización

es más, el propio Fortunato, cap. 25, asegura que se estremece él mismo al describirlas: véase, a este respecto, por lo que respecta a las mortificaciones de la santa antes de entrar en religión, los capítulos 5 y 6 y, una vez monja, los capítulos 22 y, especialmente el 25 y el 26. Radegunda sería una magnífica representante del *topos* de la *mulier virilis*: véase F. E. Consolino, "Due agiografi ...", pág. 146 y nota 19.

(23) *Vita II*, 2.

(24) Frente al silencio de Fortunato en relación con el insaciable deseo de Radegunda por hacerse con todo tipo de reliquias, y, en especial, por las intensas gestiones llevadas a cabo por la santa hasta conseguir una reliquia de la santa Cruz, Baudonivia nos da minuciosa información (colocada, en el centro precisamente de su biografía (caps. 13, 14, 16), sobre el tema. La razón fundamental del inusitado interés de Radegunda por lograr entronizar en su monasterio una reliquia de la santa Cruz nos la da la propia biógrafa: la reliquia constituiría un seguro de vida para el monasterio y un baluarte defensivo contra los ataques que contra él surgieran cuando la santa no estuviera ya en este mundo. Dice Baudonivia en el cap. 16: "Exultó de gozo la bienaventurada, junto con todo el monasterio, y puso en manos de la comunidad (...) aquel hermoso don y dádiva perfecta llegados del cielo, dándose cuenta en su espíritu de que, después de su muerte, poco podrían tener. Aunque ella podría ayudarles, cuando estuviera en la gloria en compañía del rey del cielo, aquella proveedora óptima, aquella buena gobernadora, y a fin de no dejar a sus ovejas abandonadas, les dejó,

el propio poeta compuso siete poemas²⁵; silencio, prácticamente total, en torno a la muerte y enterramiento de la santa²⁶; etc.²⁷

para honra del lugar y salvación de su pueblo, este don celestial, rescate del mundo, en la reliquia de Cristo que ella hizo llegar desde región tan lejana". De todas maneras no convendría olvidar las posibles motivaciones políticas que pudieran yacer en la petición de la sagrada reliquia, tal como ha puesto de relieve F. E. Consolino, "Due agiografi ...", 156-7.

(25) Aparecen recogidos al comienzo del libro II de sus *Carmina*: algunos (el 1 y el 3), efusiones espirituales de tipo personal; otros (4, 5 y 5a), puros artificios formales; los dos restantes (2 y 6), preciosos himnos admitidos en la liturgia de la Iglesia católica: *Pange, lingua, gloriosi proelium certaminis* (en septenarios trocaicos) y *Vexilla regis prodeunt* (en dímetros yámbicos).

(26) El silencio de Fortunato va íntimamente ligado a su deseo, como vamos a hacer observar en la nota siguiente, de no comprometerse, en este caso, abiertamente con Maroveo, el obispo del lugar, que era el único que estaba habilitado para oficiar las exequias. Esto explica las reticencias que el propio Gregorio de Tours (*In gloria confessorum*, CVI, *Pat. Lat.*, 71, 905D ss.), obligado por Sigiberto a dar sepultura a la santa ante la ausencia de Poitiers de Maroveo, ofrece para justificar el enterramiento en ausencia del obispo: "he aquí que nuestro hermano Maroveo, obispo de esta ciudad, no está presente porque se ha ausentado para pasar inspección a las parroquias. (...) A ello respondió la abadesa: '¿y qué haremos si el obispo no llega, y el lugar en el que debe ser enterrada no está consagrado por una bendición sacerdotal?' Entonces los habitantes de Poitiers y demás ciudadanos ilustres que se habían desplazado para asistir a las exequias de la bienaventurada reina, dan una orden a mi pequeñez y dicen: 'cuenta con el afecto de tu hermano y dendice el altar. Confiamos en su benevolencia y no se molestará si lo haces, es más, se te mostrará agradecido'. (...). Y, tras celebrar las exequias: "terminada la oración, nos retiramos, reservando al obispo del lugar el que celebrara la misa y cubriera con la tapa el ataúd".

(27) Los silencios de Fortunato han despertado, obviamente, el interés de los investigadores: así, por ejemplo, Y. Labande-Mailfert, "Les débuts...", pág. 26; F. E. Consolino, "Due agiografi ...", págs. 153-7; S. Pricoco, "Gli scritti agiografici in prosa di Venancio Fortunato", en *Venancio Fortunato tra Italia e Francia. Atti del Convegno Internazionale di Studi, Baldobbiadene, 17 maggio 1990; Treviso, 18-19 maggio 1990*. Treviso, 1993, 175-193, en págs. 183-4; M. Rouche, "Fortunat et Baudonivie...pág. 243 ; etc. Tales silencios estarían debidos, en una gran parte, al carácter acomodaticio del propio poeta, quien, entregado en cuerpo y alma al servicio y veneración de la santa fundadora, optó por no inmiscuirse en aquellos asuntos en los que la santa acabó por enfrentarse, tanto a las autoridades eclesiásticas (Maroveo, el obispo de Poitiers) como políticas. En el caso concreto de

Precisamente, cuando Baudonivia nos dice en el prólogo que su intención, al escribir la biografía de la santa, es completar de alguna manera la biografía de Fortunato, dando a conocer “aquello que él pasó por alto a causa de la prolijidad”, se podría pensar que la monja biógrafa se contentaría con poner remedio a sus “silencios” (y de hecho se explaya con amplitud, por ejemplo, al hablar de la reliquia de la santa Cruz o de la muerte y enterramiento de la santa) pero es que Baudiniva, además, nos muestra un concepto distinto de biografía y nos presenta a una protagonista hondamente preocupada por el mundo exterior, muy especialmente por las luchas fratricidas entre sus hijastros, como lo vemos palmariamente en el capítulo 10 de su biografía.

Por lo que se refiere a la cuestión de si Baudonivia convivió o no con Radegunda, frente al conocimiento que tenemos de la larga, entrañable y fructífera convivencia de Fortunato con la santa (convivencia ininterrumpida desde que el poeta llegó a Poitiers, hacia el año 567, hasta el momento de la muerte de la fundadora, el 13 de agosto del 587 y, además, ejerciendo algún cargo en el monasterio –ecónomo, administrador, secretario²⁸)

la consecución, por parte de Radegunda, de la reliquia de la santa Cruz y su entronización en su monasterio, F. E. Consolino (“Due agiografi ...”, pág. 157) ha apuntado la posibilidad de que el silencio de Fortunato se debiera a un motivo político: el poeta se habrá abstenido, con su silencio, de elogiar, indirectamente, a Sigiberto, promotor de la obtención de la reliquia y de su entronización en el monasterio, evitando así Fortunato enemistarse con Chilperico.

(28) El mismo poeta parece haber insinuado tal situación cuando en *Carmina* XI 4, 3, dice de sí mismo: *Fortunatus agens, Agnes quoque versibus orant*. Según B. Brenan, “The career of Venantius Fortunatus”, *Traditio. Studies in Ancient and Medieval Thought, History and Religion*, 41 (1985), 49-78, en pág. 69 ss., en esta época el término *agens* hace referencia a alguien que vela por las tierras de la Iglesia y significa cosas como: representante, oficial público, etc. El autor remite al diccionario de F. J. Niermeyer, *Mediae Latinitatis Lexicon*, Leiden, 1976, 3ª ed., s. v. *Actor*. El autor ofrece interpretaciones de diversos investigadores, sin olvidar la curiosa propuesta de R. Aigrain, *Sainte Radegonde*, Paris, Les trois Moutiers, 1987 [=1918, 1952], pág. 70 y nota 36: en el verso en cuestión Fortunato formaría un juego de palabras entre *agens* y *Agnes*, que le sigue en el texto, uno

sólo se pueden hacer conjeturas y siempre partiendo del propio texto de la biografía. *A priori* tres parece que pueden ser las tesis formulables en torno a esta cuestión (y de hecho, las tres han tenido sus defensores): a) la de aquellos que piensan que Baudonivia sería contemporánea de Radegunda e incluso habría sido una de las primeras religiosas que entraron a formar parte del monasterio cuando éste fue fundado en torno al 520²⁹. Para nosotros esta tesis presenta una grave dificultad: si Baudonivia es contemporánea de Radegunda y ésta nació hacia el 520, cuando escribió la vida de la santa fundadora (como se ha dicho, entre el 609 y el 614) la biógrafa tendría en torno a 90 años, estimación difícilmente aceptable; b) tesis contraria: Baudonivia no habría conocido personalmente a la santa y la información que ofrece de la misma estaría recogida de la tradición oral de aquellas religiosas que sí habían convivido con ella³⁰; c) Baudonivia habría vivido algunos años en compañía de Radegunda, incluso antes de fundar el monasterio. Es más, la biógrafa pertenecería al reducido y selecto grupo de compañeras de claustro ya que en la biografía se da cuenta de hechos y con-

más de los numerosos juegos de palabras de Fortunato en los que entran a formar parte nombres propios, comenzando por el que encontramos en XI 3, 9-10, en el que también interviene el nombre de Inés: *Agnem ... agnus*. B. Brenan, "The career...", pág. 70, nota 92, recoge, en los *Carmina* de Fortunato, hasta 8 juegos de palabras más en los que aparecen nombres propios: III 7, 55-56; 14, 1-2; 19, 1-2; 25, 1.2; IV 1, 31-32; V 1 (11) Prosa; 3, 10; *Appendix*, 34, 5-7.

(29) Según P. Santorelli, *o. c.*, págs. 7-8, sería la tesis defendida por L. Coudane en "Baudonivie, moniale de Sainte-Croix et biographe de sainte Radegonde", *Études Mérovingiennes*, Actes des Journées de Poitiers, 1er-3 mai 1952, Paris, 1953, págs. 46 ss.

(30) Así, F. E. Consolino, "Due agiografi...", pág. 145, nota 16, apoyándose en Dom Laporte ("Note sur le témoignage de Baudonivie", en apéndice al trabajo de L. Coudane, "Baudonivie, moniale ...", 49-51), puede afirmar que "non è certo che Baudonivia sia entrata alla Sainte-Croix durante la vita di Radegunda"; y eso a pesar de *Vita II* 8 ("con frecuencia, cuando nos dirigía alguna plática...") y 9 ("y si, por respeto no nos atrevíamos a preguntarle, ella (...) no cesaba de explicarnos..."): Baudonivia podría haberse servido de información ofrecida por hermanas religiosas que sí convivieron con la santa.

fidencias de la santa de los que la biógrafa parece haber sido partícipe³¹ (ello explicaría por qué en su momento la abadesa Dedimía y la propia comunidad encargaron a Baudonivia la composición de la biografía de la santa). Esta tesis es la que nos parece la más razonable.

* * *

En relación con la traducción, que ofrecemos a continuación, de la biografía de Radegunda redactada por Baudonivia, la primera que se ofrece en español, sólo un par de observaciones: a) hemos procurado mantenernos lo más fielmente posible al texto original, aun a riesgo de presentar unas lecturas pesadas, a veces violentas: su latín es un latín tosco, envarado, poco flexible, complicado no pocas veces con la introducción, en estilo directo, de textos ajenos, de la Sagrada Escritura o de las biografías de santos redactadas por Fortunato³². b) Nuestra versión va acompañada de las menos notas posibles, sólo aquellas que aportan una justificación de la misma o ayudan a una mejor comprensión del propio texto. Desde aquí remitimos a las, abundantes y bien documentadas, que ofrece en su comentario la ya citada P. Santorelli en su edición y traducción de la biografía de Baudonivia.

(31) Por ejemplo, capítulos 3 y 20, cuando la propia Radegunda informa a unas confidentes privilegiadas de las dos visiones que ha tenido y les encarga que no digan nada sobre ellas hasta después de su muerte.

(32) Algunas particularidades de la lengua y estilo de Baudonivia pueden verse en P. Santorelli, *La "Vita Radegundis"*, 18-20, con referencias bibliográficas en notas al texto.

BAUDONIVIA
VIDA DE SANTA RADEGUNDA

PRÓLOGO

A las santas señoras, adornadas con la gracia de sus méritos, a la abadesa Dedimía y a toda la Comunidad de la gloriosa señora Radegunda, Baudonivia, la más humilde de todas³³.

Me encargáis llevar a cabo una obra no menos imposible que *la que sería tocar el cielo con el dedo*³⁴, esto es, el pretender decir algo sobre la vida de la santa señora Radegunda, que vosotras conocéis perfectamente. Ahora bien, esta misión debe ser encargada a aquellos que *tienen dentro de sí la fuente de la elocuencia, dado que cualquier cosa que a ellos se les encarga es desarrollada con más exuberancia en una composición fluida, mientras que, por el contrario, los que son de escasa inteligencia y no tienen fluidez de expresión, por medio de la cual poder reanimar a los demás o atemperar la indigencia de su propia sequedad, esos tales no sólo por sí mismos no desean decir nada, sino que temen que se les encargue alguna cosa*³⁵. Esto lo reconozco yo en mí misma, que soy pusilánime y que tengo una expresión de escasa formación intelectual, *porque cuanto es útil a los doctos el hablar, en la misma medida a los indoctos les es útil el callar. En efecto, aquéllos saben hacer grandes disertaciones sobre cosas pequeñas; éstos, a propósito de cosas grandes, no saben ni decir cosas pequeñas; y, por ello, lo que unos buscan, otros lo temen*³⁶. A pesar de ser yo la de menos valor entre todas las de menos valor, a la que ella³⁷ desde la misma

(33) Los títulos de los capítulos, así como los textos que la biógrafa presenta tomados de otros autores y obras, los ofreceremos en cursiva.

(34) Venancio Fortunato, *Vita Hilarii*, II 3.

(35) Venancio Fortunato, *Vita Marcelli*, I 2-3.

(36) Venancio Fortunato, *ibidem*.

(37) Radegunda.

infancia crió a sus pies, con toda familiaridad, como a una pequeña esclava nacida en su propia casa que le perteneciera personalmente, a fin de, en pago de su don recibido, a propósito de su refulgente obra, extractarla, si no del todo, al menos resumida en parte, de modo que [resuenen] en los oídos de su grey³⁸, si no con una elocución digna, al menos devota, las alabanzas de su gloriosa vida, obediente me someto a vuestra benignísima voluntad, y solicito, yo, menos instruida que devota, ser ayudada por vuestras oraciones. No es nuestra intención repetir lo que el obispo Fortunato, varón apostólico, escribió en relación con la vida de la bienaventurada³⁹, sino únicamente aquello que pasó por alto a causa de la prolijidad, tal como él mismo, en su libro, lo dejó de manifiesto, al decir: pero acerca de los milagros de la bienaventurada, baste la brevedad, para que la superabundancia no resulte enojosa, ni se considere cosa de muy poca monta cuando, a partir de unos pocos milagros, se reconoce su grandeza⁴⁰. Así, pues, contando con la inspiración del divino poder, al que la bienaventurada Radegunda procuró complacer en el siglo y con el que reina después del siglo, intentamos acercarnos, no con un lenguaje pulido sino más bien rústico, a las obras que llevó a cabo y dar a conocer unos pocos de sus muchos milagros.

COMIENZAN SUS VIRTUDES⁴¹

1 *Acerca de su origen, de su nobleza y del rey Clotario⁴².*

Así pues, acerca de la vida de la bienaventurada Radegunda, tal como queda contenido en el primer Libro⁴³, nadie desco-

(38) Venancio Fortunato, *Vita Hilarii* I 2.

(39) *La Vita I.*

(40) Venancio Fortunato, *Vita Radegundis*, 39.

(41) El texto latino ofrece: *Incipiunt eiusdem virtutes*. Sabido es que *virtus*, en latín clásico, designa aquel conjunto de cualidades que hacen, de un *homo*, un *vir* y que en español con frecuencia suele traducirse por “héroe” (véase, como

noce su origen, así como su dignidad real, y cómo fue su comportamiento mientras convivió con el príncipe terreno y rey supraexcelso Clotario, su esposo. Su noble germen brotó de estirpe real, y lo que recibió por su nacimiento lo enriqueció por su fe. Noble reina unida a un príncipe terrenal, fue más celestial que terrena; pero, en el corto espacio de tiempo que duró su unión, de tal modo se comportó, desposada, en su papel de esposa, que, en su devoción, más servía a Cristo, de manera que lo que deseaba imitar lo llevaba a cabo en su modo de vida seglar: el estado religioso ya se adelantaba en su espíritu a la llegada de su futura vida en comunidad, mientras, bajo una indumentaria seglar, se iba conformando el ejemplo de la vida religiosa. Ninguna atadura de este mundo la encadenó, entregada al servicio de los siervos de Dios, solícita a la hora de redimir a los cautivos; espléndida en sus dádivas a los necesitados, ella pensaba que cuanto un pobre recibía de sus manos le pertenecía a él en realidad.

ejemplo más caracterizado, Virgilio, *Aeneis*, I 1: *arma virumque cano*). En latín cristiano el término pasará a significar "virtud" y como quiera que las personas tocadas de la gracia divina, por el poder de sus virtudes consiguen hacer milagros, *virtus* acaba significando "poder de hacer milagros" y "milagros". En el caso que nos ocupa, P. Santorelli traduce el término por "miracoli" (Venancio Fortunato titula su segunda biografía dedicada a san Hilario, que es un relato de sus milagros, *Liber de virtutibus sancti Hilarii*). Según hace observar la citada autora en la nota 178 (pág. 63) de su "Introduzione", Baudonivia emplea el término con los dos significados (vuelve sobre el tema del múltiple significado de *virtus* en pág. 115), mientras que los autores de la versión inglesa (Jo Ann McNamara, John E. Halborg, E. Gordon, *Sainted Women ...* págs. 86-105, en pág 87) prefieren hacerlo por "vertues" .

(42) B. Krusch, en su edición de 1888, págs. 377-395, ofrece, seguidos, todos los títulos de los 28 capítulos de los que consta la biografía, después del "Prólogo" y antes de empezar los capítulos; los autores de la versión inglesa (nota 81) hacen constar que los eliminan. P. Santorelli va colocando el título correspondiente al comienzo de cada capítulo, actitud que nos parece la más apropiada y que nosotros vamos a seguir.

(43) *La Vita I.*

2.- Sobre el templo venerado por los Francos.

Mientras estaba todavía con el rey con su indumentaria mundana, la mente dirigida a Cristo⁴⁴ -de lo que digo es testigo el Señor, a quien, aun sin palabras, los corazones se confiesan; a quien, aunque la lengua calle, la conciencia nada oculta, puesto que decimos lo que hemos oído y atestiguamos lo que hemos visto-, habiendo sido invitada a comer por la noble dama Ausifrida, estando de camino, acompañada de su séquito mundano, tras dejar atrás un largo trayecto, he aquí que un templo, que era un lugar de culto para los Francos, estaba, en relación con el itinerario de la bienaventurada reina, más o menos a una milla de distancia. Al enterarse ella de que el templo era un lugar de culto para los Francos, dio orden a sus sirvientes de que le pegaran fuego, juzgando injusto que fuera desdeñado el Dios del cielo mientras eran venerados los instrumentos del diablo. Al enterarse los Francos, así como toda la multitud, intentaban defenderlo *con espadas y estacas*⁴⁵, en medio de un alboroto diabólico. Ahora bien, la santa reina, que llevaba a Cristo en su corazón, perseverando inmóvil, no movió el caballo que cabalgaba hasta que el templo quedó reducido a cenizas y hasta que, ante sus ruegos, los pueblos firmaron la paz entre sí. Hecho lo cual, admirando todos la fortaleza y la firmeza de carácter de la reina, bendijeron al Señor.

(44) Por primera vez aparece la expresión *mens intenta ad Christum* que vamos a ver repetida diversas veces en la pluma de Baudonivia. B. Krusch, en su edición, en nota al pasaje, dice: *Verbis mens intenta (ad Christum) Radegundis nomen Latine, opinor, redditur*. R. Aigrain, *Sainte Radegonde* (pág. 131 y nota 21), se hace eco de la interpretación de B. Krusch, pero en información ofrecida en "Internet" por diversos documentos se encuentra repetidas veces la interpretación de que "Radegundis", en germánico, significa 'la que ayuda en el combate', y, en un texto en francés, encontramos: "Radegonde, *Radegundis* ("femme de conseil", en langue germanique)". La expresión *mens intenta* es creación de Venancio Fortunato (*Vita Radegundis*, 5: *mens intenta paradiso*). La volvemos a encontrar en Baudonivia, 5; 8; 9; 13; 16 y 19.

(45) *Matth.*, 26, 47 y 55; *Luc.*, 22, 52.

3.- *Sobre la visión en la que contempló una nave bajo forma humana.*

Después de que, por obra de la potencia divina, se separó del rey terrenal, cosa que era lo que ella deseaba, estando en la “villa” de Saix, de la que el rey le había hecho donación al cumplirse un año de su cambio de vida, contempló en una visión una nave bajo forma de hombre y hombres sentados en todos sus miembros, mientras que ella misma estaba sentada en sus rodillas; el cual le dijo: “Ahora estás sentada en mis rodillas, hasta que llegue el día en que tendrás tu asiento en mi corazón”: se le mostraba la gracia de la que iba a disfrutar. Esta visión se la dio a conocer a sus íntimos en el mayor secreto, con la amonestación de que nadie tuviera conocimiento de ella mientras ella viviera. ¡Qué precavida en su conversación, qué devota en todo su proceder! En la prosperidad, en la adversidad, en la alegría, en la tristeza, siempre igual: ni se derrumbó en la adversidad ni se exaltó en la prosperidad.

4.- *De cómo el ya mencionado rey quiso volverla a tener consigo y del recluso señor Juan.*

Estando todavía en la dicha “villa”, llega la noticia de que el rey quiere tenerla de nuevo consigo, doliéndose de padecer un grave daño al haber permitido que una reina de tan gran condición se hubiera apartado de su lado, y, si no volvía a recuperarla, no deseaba de ningún modo seguir viviendo⁴⁶. Al oír tal noticia, la bienaventurada, aterrorizada por un terror⁴⁷ insuperable, con el fin de martirizarse más ampliamente, hizo entrega de su cuerpo, para ser atormantada, a un cilicio la mar de áspero y se lo ajustó a su delicado cuerpo; además, se impuso el tormento del ayuno, permaneciendo en vela por las noches, se

(46) A esta primera tentativa de Clotario por recuperar la compañía de su esposa, cuando está todavía en Saix, seguirá una segunda (cap. 6) cuando Rade-gunda esté ya en el monasterio de Poitiers.

(47) La “figura etimológica” (*adnominatio*) está ya en Baudonivia: *terrore perterrita*.

entregó toda ella a la oración, desdeñó el trono patrio, pasó por encima de la dulzura de un esposo, rechazó un amor mundano, eligió ser una desterrada con el fin de no apartarse de Cristo. Todavía tenía consigo, de entre el ajuar real, un “felte”⁴⁸ en oro, confeccionado con piedras preciosas y margaritas, que tenía un valor de mil sueldos de oro, el cual, a través de la monja llamada Fridovigia, de su más íntima confianza, se lo hizo llegar, acompañada por algunos de sus más íntimos, al venerable varón el señor Juan, recluso en el castillo de Chinon, a fin de que rogara por ella y no tuviera ella que volver de nuevo al siglo, y [con el ruego] de que le hiciera llegar un vestido de cilicio con el que restregar su cuerpo. Éste le envió un paño de cilicio con el que se confeccionó un vestido íntimo y otro exterior, y ella le pidió al supradicho varón que si, gracias al Espíritu Santo, tenía alguna opinión sobre la causa de su propio miedo, se la diera a conocer; porque, si era esto lo que el rey quería, ella prefería antes poner fin a su vida que unirse de nuevo a un rey terrenal, puesto que ya compartía los abrazos del Rey celestial. Así el varón de Dios, pasando toda la noche en vela y oración, al día siguiente, por inspiración del divino poder, le hizo saber que ésa era la voluntad del rey, pero que no había consen-

(48) Sobre *felte*, Mabillon, en la nota “c” al texto de la *Patrologia latina*, 72, 0665C, señala que el término *felte*, seu *feltum*, *filtrum*, designa un paño o vestido confeccionado con lana y pelo, no tejido, y que, por semejanza, se denomina *felte* a un vestido con incrustaciones de oro y piedras preciosas. B. Krusch, el editor, en nota, se opone a la interpretación de Mabillon, pero él tampoco sabe qué significa *felte*. Hildeberto de Lavardin (*Vita sanctae Radegundis*, 21, *Patrologia Latina*, 171, 965^a-986D) se limita a aceptar la expresión de Baudonivia: *felte aureum*). El *Thesaurus Linguae Latinae* hace notar: *vox incertae originis et significatio- nis; (...) ornamentum vel vestimentum genus, ut videtur*, y remite a B. Krusch. Du Cange, *Glossarium Mediae et Infimae Latinitatis*. Unveränderter Nachdruck der Ausgabe von 1883.1887, Graz-Austria. Akademische Druck- u. Verlagsanstalt, 1954, sólo aduce la referencia de Baudonivia y señala: “*quidam mss. habent hoc loco scyphum*, lo que haría pensar en una copa. Véase la nota de Santorelli, pág. 118, 84, quien, tras ofrecer interpretaciones de diversos autores, opina que la tendencia entre los traductores es dejar el término sin traducir, opinión por la que nosotros mismos nos hemos inclinado.

timiento por parte de Dios: antes de recibirla como esposa, el rey sería castigado por el juicio divino.

5.- *Cómo, por oden del señor Clotario, construyó un monasterio en la ciudad de Poitiers, en el que la santa reina, rechazando el mundo, entró toda gozosa.*

Después de esta revelación, la supradicha señora Radegunda, su mente dirigida a Cristo, bajo la inspiración y cooperación de Dios se construyó, para sí, en Poitiers, un monasterio, siguiendo las instrucciones del exceso rey Clotario. Su construcción la llevaron a cabo con toda celeridad, siguiendo la orden de su señor, el obispo Pientio, varón apostólico, y el duque Austrapio. La santa reina, despreciando los falsos placeres del mundo, y llena de gozo, ingresó en este monasterio, donde poder hacerse con los ornamentos de la perfección, y donde poder entregar una gran comunidad de muchachas a Cristo, el esposo que nunca ha de morir. Tras ser en él elegida la abadesa⁴⁹ y tras tomar ésta posesión de su cargo, [la reina] renunciando a su autoridad, le hizo entrega tanto de sí misma como de todas sus cosas, no reservándose para sí nada de su propio derecho, para poder correr, expedita, tras las huellas de Cristo y aumentar para sí en el cielo tanto cuanto más hubiera detraído del siglo. Después su santa vida en común en el monasterio comenzó a enfervorizarse con la puesta en práctica de la humildad, en la superabundancia de la caridad, en el resplandor de la castidad, en la multiplicación de los ayunos, y de tal manera con todo su amor *se entregó a su celestial Esposo*⁵⁰ que, abrazando a Dios en su corazón puro, sentía a Cristo como morador dentro de sí.

(49) Radegunda, a pesar de haber sido la fundadora del monasterio, nunca quiso ser la abadesa del mismo sino que, en su lugar, hizo que recayera la elección en Inés, monja mucho más joven y en compañía de la cual recibió las innumerables muestras de afecto (y *amor spiritualis*) que les dirigió V. Fortunato, como queda dicho en la "Introducción".

(50) P. Santorelli remite a V. Fortunato, *Vita Marcelli*, 4, 13-14.

6.- *De cómo el ya mencionado rey llegó a Tours para estar cerca de Poitiers y recuperar a su reina.*

Pero el enemigo envidioso de los bienes del género humano, a cuyos deseos aborreció ella dar cumplimiento incluso cuando estaba en el siglo, no cesó de perseguirla. Tal como ella, a través de mensajeros, ya se había enterado (que era lo que temía), el excelso rey⁵¹, en compañía de su excelentísimo hijo Sigiberto, llegó, aparentando un motivo religioso, a Tours, a fin de acercarse más fácilmente a Poitiers y apoderarse de la reina.

7.- *De cómo la señora Radegunda remitió una carta al obispo señor Germán, y de cómo el rey envió al mencionado obispo a santa Radegunda, a fin de, a través del obispo, solicitar de ella el perdón, cosa que él hizo.*

Al enterarse de ello, la bienaventurada Radegunda envió una carta sagrada⁵², poniendo a Dios por testigo, al varón apostólico señor Germán, obispo de París, que entonces estaba con el rey. La carta la envió, en el mayor secreto, a través de Próculo, su administrador, junto con obsequios y regalos. Cuando el varón lleno de Dios acabó de leerla, con lágrimas en los ojos se prosternó a los pies del rey, delante del sepulcro del bienaventurado Martín, [pidiéndole], poniendo a Dios por testigo, que, tal como se le había intimado en la carta, no se acercara a la ciudad de Poitiers. De este modo el rey, lleno de amargura, comprendiendo que esto era petición de la bienaventurada reina, movido al arrepentimiento, achacando [su acción] a los malos consejeros, y considerándose indigno porque no había merecido tener por más tiempo a tal reina, se prosternó, él también, ante el umbral de san Martín, a los pies del varón Germán, y le rogó que pidiera, en favor suyo, el perdón a la bienaventurada

(51) Clotario.

(52) Como dice P. Santorelli en su comentario al pasaje (pág. 123), Baudonivia denomina "sagrada" la carta porque contiene una advertencia divina a Clotario.

Radegunda: que le perdonara porque había pecado contra ella debido a los malos consejeros. Por lo que el castigo divino inmediatamente tomó venganza de ellos: igual que Arrio, que, al luchar contra la fe católica, expelió todos sus intestinos en el excusado, así les sucedió a los que habían actuado en contra de la bienaventurada reina, y entonces el rey, temiendo el juicio de Dios, puesto que su reina había hecho más la voluntad divina que la suya mientras ella había estado a su lado, rogó al obispo que fuera allí con toda celeridad. Así, el varón apostólico señor Germán, llegando a Poitiers, y una vez entrado en el monasterio, en el oratorio dedicado al nombre de María la Señora, se prosternó a los pies de la santa reina, al tiempo que solicitaba perdón para el rey. Ahora bien, ella, llena de gozo al verse libre de las fauces del siglo, benignamente concede su perdón y se dispone a servir a Dios. Expedita ya para seguir a Cristo, fuera donde fuera, a quien siempre amó, con ánimo devoto corrió a su encuentro. Entregada, así, a tales cosas, y aumentada la cadena de vigiliyas, a puro de pernoctar se convirtió en una especie de carcelera de su propio cuerpo. Y siendo, como era, misericordiosa para con los demás, se convirtió en juez de sí misma; piadosa para el resto, severa, con sus abstinencias, para consigo; espléndida para todos, parca para sí misma, hasta el punto de que, macerada a puro de ayunos, no tenía bastante si no triunfaba sobre su propio cuerpo.

8.- *De su obediencia en el monasterio, de cómo no dejó pasar nada que ella no hubiese llevado a efecto, y de su amor hacia los pobres.*

Así, pues, entregada a estas ocupaciones de todas las maneras, tal como ha quedado puesto de manifiesto en el Libro I, mereció ocuparse de solo Dios con toda diligencia. Por ese tiempo, *armada con armas*⁵³ más fuertes, entregada, sin cesar, a las oraciones, a las vigiliyas, a la lectura, ella misma servía la comida en la mesa a los peregrinos; ella, con sus propias

(53) *Eph.*, 6, 11; *Thess.*, 5, 8.

manos, lavaba y limpiaba los pies a los enfermos. No permitía a su sirvienta que le prestara ayuda ya que con toda devoción se apresuraba a llevar a cabo el servicio; se encerró en un rigor tan arduo de abstinencia, mientras su debilidad se lo permitió, que, la mente dirigida a Dios, ya no buscaba el alimento terreno. Después que tomó el hábito religioso, se construyó un pequeño lecho penitencial; en ningún momento reposó en blanda pluma, ni la cubrió el brillo de una vestimenta de lino, a ella que, en vez de todo tipo de vestiduras, domó sus miembros *con ceniza y cilicio*⁵⁴. Acerca del rigor de su abstinencia y de su servicio muchos datos nos ofreció el Libro I. Se hizo hasta tal punto pobre por Dios que ofrecía ejemplo a las demás. No tenía mangas para cubrir sus brazos, a no ser las dos que se hizo a partir de unas medias propias⁵⁵. Pero de tal manera se comportaba como pobre que de ello ni la abadesa se enteraba. *¿Quién podría dar cuenta de su paciencia, quién de su caridad, quién del fervor de su espíritu, quién de su discreción, quién de su benignidad, quién de su sagrado celo, quién de su ininterrumpida meditación, día y noche, en la ley del Señor? Cuando parecía que hacía un alto en la meditación de los salmos o en la predicación, la lectora, una de las monjas, en su presencia, no paraba de leer*⁵⁶. La alabanza a Dios hasta tal punto

(54) *Matth.*, 11, 21; *Luc.*, 10, 13.

(55) El texto dice: *nisi de caliga sua sibi duas fecit*. P. Santorelli traduce: "che fece per sè da una scarpa" ; y en su comentario al pasaje dice: "il guanto, che serve a coprire *brachium*, è fatto dalla stessa Radegonda con el cuoio delle scarpe troppo vecchie per essere adoperate" (pág. 127); la traducción inglesa, por su parte, ofrece la versión: "but two fingerless gloves which she made from her boots". Parece, pues, que en ambos casos se adopta la interpretación de que se trata de unos guantes que Radegunda se hizo a partir de unos zapatos/botas, etc.; ahora bien, el texto habla de *manicam, quam brachio indueret*. Blaise, en *Dict. des auteurs chrétiens*, en el término *caliga*, al final, dice: "2. (plus tard) sorte de bas montant jusqu'au genou". ¿Mangas, pues, para los brazos, o guantes para las manos?.

(56) El texto está tomado, prácticamente al pie de la letra, del libro I de la *Vita Caesarii*, pero no del cap. 24, como dice B. Krusch en su edición de los *MGH*, sino del 45, como, ya por otra parte, lo hace notar P. Santorelli.

no se apartaba de su corazón y de sus labios que, al ver pasar una vez a la portera del monasterio, llamada Eodegunda, cuando la quiso llamar, en vez de su nombre, exclamó: “¡Aleluya!”. Esto lo hizo mil veces: *nunca salió de sus labios una maledicencia, nunca una mentira, nunca ninguna difamación contra nadie; y no sólo habló nunca mal de nadie sino que nunca oyó con paciencia a nadie hablar mal de otra persona*⁵⁷, *siempre oró por sus perseguidores*⁵⁸ y enseñó [a los demás] a orar. Tanto amó a la comunidad que, llena del deseo de Dios, había reunido, que ni se acordaba de haber tenido, también ella, padres y a un rey por esposo. Y con frecuencia, cuando nos dirigía alguna plática, nos decía: “*A vosotras os elegí*⁵⁹ como hijas, a vosotras, mis ojos, a vosotras, mi vida, a vosotras, mi descanso y mi felicidad toda, mi nueva plantación. Comportaos, en mi compañía, en este siglo, de modo que gocemos del futuro. Con una fe total y con el afecto pleno del corazón, *sírvamos a Dios en el temor*⁶⁰; *busquémosle en la sencillez de corazón*⁶¹, a fin de que podamos decirle con confianza: ‘Da, Señor, lo que prometiste, puesto que hemos hecho lo que ordenaste’”.

9.- *Sobre la vigilia y la oración y la lectura y el buen ejemplo y la pobreza que, por Dios, siempre practicó.*

Nunca impuso hacer nada que no lo hubiera hecho ella misma antes. Viniera de donde viniera un siervo de Dios, con toda solicitud le preguntaba de qué modo servía al Señor. Si de él hubiese llegado a conocer algo de nuevo que ella misma no hiciera, al momento con toda diligencia se lo imponía, antes, a sí misma; después se lo enseñaba a la comunidad tanto de pala-

(57) *Vita Caes, ibidem.*

(58) *Matth., 5, 44.*

(59) *Ioh., 15, 16.*

(60) *Psalm., 2, 11.*

(61) *Sap., 1, 1; Eph., 6, 5; Col., 3, 22.*

bra como con el ejemplo. Cuando, a veces, en su presencia, el salmo se interrumpía, la lectura nunca cesaba, ni de día ni de noche, así como tampoco cuando concedía a su cuerpo algún minúsculo descanso. Cuando se procedía a la lectura, ella, que con piadosa solicitud se cuidaba de nuestras almas, decía: "Si no comprendéis lo que se lee, ¿por qué con solicitud no buscáis la respuesta en el espejo de vuestras almas?" Y, si por respeto no nos atrevíamos a preguntarle, ella, con piadosa solicitud y afecto maternal, no cesaba de explicarnos, para la salud del alma, lo que la lectura contenía. Como la abeja, que recoge diversos tipos de flores de las que fabricar la miel, así ella de aquellos a los que invitaba procuraba recoger las florecillas espirituales, de las que exhibía el fruto de las buenas obras, tanto en beneficio propio como en el de sus seguidoras. Y durante la noche, como si por espacio de una hora diera la impresión de que se adormilaba, la lectura seguía leyéndose. La que leía, sintiendo en sí misma la lasitud del sueño, pensaba que también aquélla descansaba un poco. En cuanto cesaba la lectura, ella, la mente dirigida a Cristo, como si dijera: *yo duermo pero mi corazón vela*⁶², decía: "¿Por qué callas? Lee, no pares". Pero cuando la mitad de la noche señalaba la hora de levantarse, aunque ya con anterioridad había dado término a todo el oficio divino, sin sentir todavía ningún sopor, ya dispuesta, se levantaba del lecho llena de alegría para servir al Señor, de modo que con fe podía decir: *en medio de la noche me levantaba para alabarte*⁶³, Señor". Y es que con frecuencia daba la impresión de que durante el sueño dormía y recitaba el salmo, *de modo que con toda rectitud y verdad podía decir: la meditación de mi corazón [está] siempre en tu presencia*⁶⁴. *¿Quién podrá nunca imitar el ardor de su caridad, con el que amó a todos los hombres? Resplan-*

(62) *Cant.*, 5, 2.

(63) *Psalm.*, 118, 62.

(64) *Vita Caes.*, I 46 (B. Krusch: I 24) y *Psalm*, 18, 15.

*decieron en ella todo tipo de virtudes: la modestia con el pudor, la sabiduría con la sencillez, la severidad con la mansedumbre, la doctrina con la humildad; en una palabra, una vida inmaculada, una vida irreprochable, una vida siempre igual a sí misma*⁶⁵.

10.- *Sobre el pequeño barril de ocho modios, que la señora Rade-gunda suministró durante un año a la comunidad.*

Tan extraña se mostró acerca de sus propias cosas que, si hubiera querido dar vino a alguna de las hermanas, no se habría atrevido a tocarlo, para sí misma, de su propia despensa. Al enterarse de ello, la venerable abadesa le dio un barril de ocho modios que ella puso en manos de la dispensera, la bienaventurada Felicidad, para la consumición. Desde una vendimia hasta la siguiente repartió vino todos los días que la santa ordenó: nunca disminuyó [el vino], sino que siempre permaneció inalterado. Cuando llegó el vino nuevo, que llenó la despensa, pensó que ya había cumplido con el barril; [el contenido de] los toneles y las barricas se agotó antes que el de aquél, que en todos los casos hizo la voluntad de la bienaventurada. El señor *con cinco panes y otros tantos peces alimentó a cinco mil personas*⁶⁶, y su esclava, dondequiera que vio que había necesidad, con este poco dio satisfacción durante todo un año. Siempre preocupada por la paz, y con el mayor interés por la salvación de la patria, cada vez que los reinos entraban en conflicto entre sí, y dado que amaba a todos los reyes, rezaba por la vida de todos y nos enseñaba a rezar sin descanso por la estabilidad de los mismos. Cuando se

(65) Todo el párrafo está tomado de la *Vida* de san Cesáreo, I 53, aunque el orden de las expresiones aparece alterado. En efecto: en la mencionada *Vida* el texto aparece así: *resplenduerunt in ea quaeque virtutes, modestia cum verecundia, sapientia cum simplicitate, severitas cum mansuetudine, doctrina cum humilitate, vita denique immaculata, vita inreprehensibilis, vita sibimet semper aequalis. Caritatis autem eius ardorem, quo omnes homines dilexit, quis umquam poterit imitari?*, mientras que en Baudonivia la oración interrogativa retórica aparece al frente de todo el texto.

(66) *Matth.*, 14, 19-21.

enteraba de que habían surgido entre ellos actos de amargura, toda ella temblaba y las cartas que a uno dirigía se las mandaba, con el mismo contenido, también al otro, a fin de que no entablaran guerras, ni empuñaran las armas, sino que firmaran la paz y la patria no pereciera. De igual modo se dirigía también a sus altos dignatarios, pidiéndoles que ofrecieran a los excelsos reyes consejos saludables, de modo que, bajo su reinado, los pueblos y la patria se tornaran más fuertes. A su comunidad le imponía asiduas vigiliias, y con lágrimas en los ojos les enseñaba a rezar por ellos sin descanso. Ahora bien, ¿quién sería capaz de dar cuenta con palabras hasta qué punto de tormento se afligía a sí misma? Y, gracias a su intercesión, había paz entre los reyes, la guerra se mitigaba, la patria estaba a salvo; comprendiendo su [buena] intención, *al unísono alababan el bendito nombre del Señor*⁶⁷. Fuera cual fuera el éxito que del rey del cielo obtuviera en relación con la paz de los reyes, con mejor disposición se disponía a la devoción hacia Dios y se entregaba al servicio de todos, no preocupándose de qué actitud de sumisión tuviera que adoptar, ella, cuyo deseo consistía en ponerse al servicio de todos. Cuando lavaba con sus propias manos los pies de todos y los secaba con un paño, incluso los besaba y, si se le hubiera sido permitido, no tenía ningún reparo en secarlos con sus cabellos sueltos, siguiendo el ejemplo de María⁶⁸. Por lo que, en pago de tan inmensas buenas obras, que, gracias a una dádiva divina, se dieron cita en ella, el Señor, dispensador de las virtudes, la hizo más famosa, gracias a sus milagros, en Francia, donde, mientras daba la impresión de que reinaba, se preparó para sí un reino más celestial que terreno. Se hizo construir un oratorio, a fin de, a veces, al separarse del rey, poder siempre invocar allí al Dios del cielo; oratorio en el que se conceden los beneficios de Dios ante la invocación del nombre de aquella que aquí oró asiduamente.

(67) *Eccli.*, 17, 8; 39, 41; 51, 15.

(68) *Ioh.*, 12, 3.

11.- *De la dama llamada Mammeza, a quien restituyó la vista.*

Una vez que se encerró en el monasterio, he aquí que a una noble dama llamada Mammeza, que estaba de viaje, se le metió en el ojo una molesta suciedad. Una sola voz, un solo dolor, un solo clamor tenía día y noche⁶⁹, a fin de que el Señor la reconociese como fiel suya⁷⁰. Aunque [la bienaventurada Radegunda] no estaba allí presente corporalmente, acudió compasiva a la invocación de su nombre. El Señor inspiró a Mammeza la idea de dirigirse a su oratorio y confiar en que se salvaría con la invocación [a la santa]. Pero como la mujer, llena de dolor, *sostenida por las manos de sus siervos, con dificultad podía ser conducida a su oratorio, sufriendo, como sufría, un fortísimo dolor*⁷¹, se arrojó al suelo y comenzó a gritar: “Señora Radegunda, yo creo que estás llena de la virtud de Dios, cuya voluntad pusiste en práctica más bien que la de los hombres; buena Señora, llena de piedad, ten compasión de mí, acude en ayuda de una desgraciada, ruega por mí a fin de que se me devuelva la visión del ojo ya que mi alma se aflige a causa del tormento y el dolor”. De este modo ella, que, mientras estuvo con vida, asumió en su persona los dolores de todos, en la medida en que pudiera ofrecerles remedio, escuchó con benevolencia la invocación de su nombre. Mediante la misericordia del Señor, y a través de la interven-

(69) Texto latino: *una vox, unus dolor, unus clamor die noctuque aderat*: expresiones semejantes, en cap. 22: *una vox, unus planctus et unus clamor caelos penetrabat*, y en cap. 26: *die noctuque una vox, unus dolor inerat*.

(70) La expresión resulta un tanto ambigua: ¿a quién debe reconocer el Señor como suya: a Radegunda o a la propia Mammeza? En otros pasajes de la biografía, donde nos encontramos con la misma expresión (cap. 14, 339-40: (...) *virtutum Largitor sibi in omnibus fidelem declarare studebat*, y en cap. 24, 587: (...) *ut suam fidelem Dominus declararet*) está claro que la expresión se refiere a Radegunda. Por otra parte, el texto en cuestión va seguido de la observación de que, aunque Radegunda no estaba presente físicamente, acudió en auxilio de la adolorida Mammeza. Por todo ello, parece que hay que pensar que a quien se refiere la expresión *suam fidelem Dominus declararet* es a Mammeza.

(71) P. Santorelli remite a *Vita Caes.*, II 25.

ción de Radegunda, el dolor desapareció, sobrevino la salud y recuperó, sano, el ojo que ya pensaba que lo había perdido, sólo sintiendo (el) dolor. La que durante tantos días ni había tomado alimento, ni había visto la luz del día, *por sus propios pies, sin ayuda de nadie, volvió, incólume, a su casa, dando gracias al Señor hasta el día presente*⁷².

12.- *De su sirvienta llamada Vinoberga*⁷³, que osó sentarse en su cátedra.

Añadamos, igualmente, otro milagro en alabanza de Cristo, el cual hace que los suyos hagan temblar a los demás. Vinoberga fue una de sus sirvientas, la cual, con una osadía temeraria, se atrevió a sentarse en la cátedra de la bienaventurada reina después de la muerte de ésta. Hecho lo cual, golpeada por el juicio de Dios, de tal manera se quemaba que todos veían que desde ella se alzaba humo, y ella gritaba en alta voz en presencia de todo el pueblo, reconociendo haber pecado y que por eso ardía, porque se había sentado en el asiento de la bienaventurada. Habiendo padecido un incendio durante tres días y tres noches, a voz en grito exclamaba: “Señora Radegunda, he pecado, he actuado malamente, perdóname, enfría mis miembros quemados con un duro tormento. Tú, que eres generosa en tu misericordia, gloriosa en tus buenas obras, tú que eres misericordiosa para con todos, compadécete de mí”. Viéndola todo el pueblo en medio de tan gran sufrimiento, rogaba por ella, como si [la santa] estuviera presente, diciendo, porque siempre que es invocada con fe se muestra [favorable]: “Buena señora, perdónale a fin de que la desgraciada no perezca a causa de tan gran tormento”. Así, la bienaventurada se mostró indulgente, llena de benignidad, ante las súplicas de todos [y] apagó el

(72) *Vita Caes., ibidem.*

(73) El título del capítulo ofrece la lectura “Vinopergia”, como lo hace notar ya B. Krusch, el editor de la biografía en los *MGH*, pero en el cuerpo del capítulo ofrece “Vinoberga”, que es la lectura adoptada por los traductores.

ardiente fuego. [Vinoberga] regresó a su casa sana y salva. Y de este modo el castigo de ésta hizo a todos precavidos y devotos.

13.- *Sobre las reliquias de san Andrés y de otros, que reunió en la "villa" de Athies, y de [cómo], en la "villa" de Saix, el ángel del Señor se le mostró en una aparición.*

Mientras estaba en la "villa" de Saix, su mente dirigida a Cristo, con ánimo devoto y fiel, deseando tener, con plena devoción, reliquias de todos los santos, durante su oración llegó un varón venerable, el presbítero Magno, con las reliquias del señor Andrés y de otros muchos. Depositadas éstas sobre el altar, mientras, durante la noche, está en vela con toda devoción sobre un escabel y se prosterna para rezar, cayó sobre ella un ligero sopor, como si el Señor le hiciera saber que su deseo se había cumplido, diciéndole: "Sábeta, ¡oh bendita!, que aquí no sólo están las reliquias que te ha traído el presbítero Magno, sino que cuantas reuniste en la "villa" de Athies, todas ellas están aquí congregadas". Cuando abrió los ojos, vió a un varón de un vivo resplandor, que era el que le había anunciado eso y, llena de gozo, alabó al Señor.

14.- *De la reliquia del señor Mamés, que la señora Radegunda deseó.*

Después que ingresó en el monasterio, qué gran multitud de santos reunió a través de sus fidelísimas plegarias lo atestigua el oriente, el norte, el austro y el occidente, puesto que, llena de devoción, llegó a tener, tanto por medio de obsequios como de peticiones, preciosas gemas, procedentes de todas partes y escondidas en el cielo y que el paraíso posee. Con tales santos creía cantar sin cesar, y en continua meditación, salmos e himnos. Finalmente se enteró, a propósito del mártir el señor Mamés, de que sus sagrados restos descansaban en Jerusalén. Al oír estas cosas, las bebía, ávida y sedienta: como el hidrópico que, cuanto más agua bebe, tanto más aumenta su sed acrecida, ella, humedecida por el rocío de Dios, más se enardece. Envió

al venerable varón, el presbítero Reoval, que entonces era seglar y que todavía vive, al Patriarca de Jerusalén para pedirle una reliquia del bienaventurado Mamés. Aceptando benevolente el varón de Dios el encargo, recomendó al pueblo que dirigiera plegarias, tratando de descubrir la voluntad de Dios. Al tercer día, tras la celebración de la Misa, se acercó, en compañía de todo el pueblo, al sepulcro del mártir y, en alta voz y con una fe íntegra, hizo una declaración de este modo, diciendo: "Te suplico, confesor y mártir de Cristo, que, si la bienaventurada Radegunda es verdadera sierva de Dios, se dé a conocer entre las gentes tu poder; permite que de tu reliquia el alma fiel reciba lo que solicita". Terminada la oración, una vez que todo el pueblo respondió "Amén", se llegó al santo sepulcro, proclamando sin cesar la fe de la bienaventurada, y tocaba sus miembros [para ver] cuál ordenaba dar el bienaventurado ante la petición de la señora Radegunda. Tocó en la mano derecha cada uno de sus dedos; cuando llegó al meñique, con un suave contacto lo desprendió de su mano, dando satisfacción al deseo de la reina y cumpliendo su voluntad. Este dedo el varón apostólico se lo hizo llegar con todo el honor debido a la bienaventurada Radegunda; desde Jerusalén hasta Poitiers la alabanza a Dios resonó en todo momento en su honor. ¿Con qué ardor de espíritu, con qué fiel devoción tan grande piensas que se entregó a la abstinencia, ella que esperaba el premio de tan excelsa reliquia? Pero, una vez que la bienaventurada reina se hubiera gozado con todo entusiasmo de haber recibido este regalo celestial, durante toda una semana, en compañía de toda la comunidad, se dedicó a cantar salmos con vigiliias y ayunos, bendiciendo al Señor por haber merecido recibir tal obsequio: y es que Dios no niega a sus fieles lo que éstos le piden. *Frecuentemente y con dulzura y como en clave, a fin de que nadie pudiera captar el sentido, decía: el que tiene el cuidado de las almas, con energía debe temer*⁷⁴ la alabanza procedente de los hombres. Pero, sin

(74) El texto de Baudonivia es prácticamente idéntico al de *Vita Caes.*, II 3.

embargo, cuanto más quería ella evitarlo, tanto más y más el Dispensador de las virtudes procuraba dar a conocer a la que le era fiel en todo, de modo que, dondequiera que un enfermo, víctima de cualquier tipo de enfermedad, la invocara, recuperaba la salud.

15.- *De cómo un ilustre varón, llamado León, recuperó la vista por medio del cilicio de la señora Radegunda.*

Un ilustre varón, llamado León, habiendo sido invitado al Consejo del Sínodo por los varones apostólicos Leoncio y Eusebio, estando de camino, he aquí que sus ojos fueron aquejados de una grave oscuridad, cubiertos de una nube sanguinolenta; si no hubiese seguido su viaje sostenido por unos sirvientes, ni siquiera hubiera podido ver el camino. Entrado en el monasterio de la bienaventurada, en donde él, con toda devoción, le había hecho entrega de unas hijas suyas para que sirviera al Señor, penetró en el oratorio dedicado al nombre de María la Señora. Después de haber orado, lleno de fe se prosternó sobre el cilicio de la santa, invocándola con fuerza, y permaneció tendido hasta que el dolor cesó, la oscuridad desapareció, la sangre, coagulada, con la ayuda de las venas se expandió, y con los ojos limpios regresó sano el que había llegado sostenido por las manos [de los sirvientes]. Del cilicio de la bienaventurada recuperó la vista; feliz, sano y salvo, caminó hacia el Sínodo, hacia donde había empezado su viaje. De esto después, y al contarle él mismo, se enteró el Sínodo en pleno y, a su regreso, nos lo contó él mismo de su propia boca. Su misma devoción le movió a excavar los fundamentos de la basílica dedicada a la señora Radegunda y dio cien sueldos de oro para construir el edificio. ¿Quién podría enumerar cuántos enfermos recuperaron la salud al invocarla? ¿Quién alguna vez la vio y pensó que era un ser humano? Poniendo por testigo al Dios del cielo, digo, con confianza y en verdad, que de tal modo resplandecía su rostro con su alma a la vista de todos que justamente se mostraba en el exterior como se comportaba en su interior⁷⁵.

16.- *Sobre el leño de la santa Cruz, en relación con el cual envió una carta al emperador, rogándole que le hiciera llegar una reliquia, lo que [éste] hizo.*

Después de reunidas las reliquias de los santos, a ella le hubiera gustado, si hubiera sido posible, que el Señor mismo, en el *trono de su majestad*⁷⁶, fijara aquí, visiblemente, su morada. Aunque el ojo carnal no lo viera, la mente, espiritual, entregada a unas continuadas plegarias, lo contemplaba. Pero, puesto que el Señor *no privará de los bienes a aquellos que andan en inocencia*⁷⁷, ni a aquel que lo hubiera buscado con todo su corazón, con toda su alma y con toda su mente⁷⁸, como lo hizo esta bienaventurada, la divina clemencia se mostró benigna y le hizo concebir la idea, en cuyo pecho descansaba día y noche, de imitar a la bienaventurada Elena⁷⁹, la cual, embebida en sabiduría, llena de temor a Dios, gloriosa por sus buenas obras, buscó con ahínco el leño saludable en el que estuvo suspendido el precio del mundo por nuestra salvación, a fin de librarnos de la potestad del diablo, de modo que, una vez encontrado, tras reconocer como la cruz del Señor aquella que, colocada sobre un muerto, éste resucitó, aplaudió con ambas manos y, rodilla en tierra, adoró al Señor, diciendo: “En verdad tú eres Cristo, el hijo de Dios, que viniste al mundo y redimiste con tu preciosa sangre a los cautivos, a quienes habías creado”. Lo que hizo ella en su patria oriental, lo hizo en la Galia la bienaventurada Radegunda. Y puesto que, mientras [ésta] vivió en el mundo, no quiso tomar ninguna iniciativa sin solicitar consejo, envió una carta al excelentísimo

(75) El texto de Baudonivia está inspirado, indudablemente, en *Vita Caes.*, II 35, aunque en esta ocasión la biógrafa lo adapta más libremente..

(76) Baudonivia: *sede magestatis*; Hebr. 1, 3: *sedet ad dexteram maiestatis*, y 8, 1 *sedes magnitudinis*.

(77) *Psalms.*, 83, 13.

(78) *Matth.*, 22, 37; *Deut.*, 6, 5.

(79) La madre del emperador Constantino.

señor, el rey Sigiberto, bajo cuyo imperio estaba gobernada esta patria, solicitando permiso para pedir al emperador⁸⁰ el leño de la cruz, para la salvación de toda la patria y la estabilidad de su reino. Él dio su aprobación con toda benevolencia a la petición de la santa reina. Ésta, llena de devoción, encendida por el deseo, no envió al emperador regalos, ella que se había hecho pobre por Dios, sino que envió a sus emisarios con un discurso de súplica y con la compañía de los santos, a los que invocaba sin descanso. Y obtuvo lo que sus votos pedían, de modo que pudo gloriarse de poseer, sin salir de su propia residencia, el bienaventurado leño de la cruz del Señor, adornado con oro y piedras preciosas, así como muchas reliquias de santos que estaban en poder de Oriente. Ante la petición de la santa, el emperador envió embajadores con (unos) evangelios adornados de oro y piedras preciosas. Pero, cuando el leño del que había estado suspendida la salvación del mundo llegó a Poitiers, acompañado del agrupamiento de los santos, y aunque el obispo del lugar⁸¹, junto con todo el pueblo, hubiera querido recibirlo con toda devoción, el enemigo del género humano, por medio de sus cómplices, hizo que rechazaran el rescate del mundo y no quisieran recibirlo en la ciudad; a qué tipo de tribulaciones se vería sometida la bienaventurada Radegunda, al decir ellos, uno una cosa y otro otra, a modo de los Judíos, asunto sobre el que a nosotros no nos corresponde discutir. Allá ellos; *el Señor conoce a los suyos*⁸². Pero ella, con espíritu fervoroso y ánimo combativo, se dirige de nuevo al benignísimo rey, porque no habían querido recibir la salvación en la ciudad. Mientras que sus emisarios volvían del señor rey, encomendó la cruz del Señor, así como las reliquias de los santos, en medio de

(80) El emperador de Bizancio es, en estos momentos, Justino II, sobrino del emperador Justiniano, a quien sucedió al no tener éste hijos. Justino reinó entre el 565 y el 578. Al poco tiempo de subir al trono se volvió loco.

(81) Maroveo.

(82) *II Timoth. 2, 19.*

los cantos de los salmos de los sacerdotes, al monasterio de hombres fundado en Tours por el rey con vistas a su propia salvación. La santa cruz no padeció, por envidia, injuria menor que la sufrida por el Señor, el cual, llamado y vuelto a llamar a través de un mensajero fidedigno ante gobernadores y jueces, soportó con paciencia todo tipo de maldades, a fin de que no peciera lo que había creado. ¿Qué tormento se infligió, con ayunos, vigiliias, profusión de lágrimas, toda su comunidad, en el luto y el llanto todos los días, hasta que *dirigió sus miradas el Señor hacia la humildad de su esclava*⁸³, el cual puso en el corazón del rey la inspiración *de hacer juicio y justicia*⁸⁴ en medio del pueblo? Así el devoto rey, a través de su fiel varón, el ilustre conde Justino, envió un mensaje al varón apostólico el señor Eufronio, obispo de la ciudad de Tours, a fin de que entronizara, con el honor debido, la gloriosa cruz del Señor y las reliquias de los santos en el monasterio de la señora Radegunda, lo cual [así] se hizo. *Exultó de gozo*⁸⁵ la bienaventurada, junto con todo el monasterio, y puso en manos de su comunidad, que había reunido para servir al Señor, aquel *hermoso don y dádiva perfecta* llegados del cielo, dándose cuenta en su espíritu de que, después de su muerte, poco podrían tener. Aunque ella podría ayudarles, cuando estuviera en la gloria en compañía del rey del cielo, aquella proveedora óptima, aquella buena gobernadora, y a fin de no dejar a sus ovejas abandonadas, les dejó, para honra del lugar y salvación de su pueblo, este don celestial, el rescate del mundo, en la reliquia de Cristo que ella hizo llegar desde región tan lejana. Allí, con la cooperación del poder de Dios y la ayuda de la fuerza del cielo, los ojos de los ciegos recobran la luz, los oídos sordos se abren, la lengua de los mudos retorna a su función, los cojos andan, los demonios son puestos en fuga.

(83) *Luc.*, 1, 48.

(84) *III Reg.*, 10, 9; *Ier.*, 9, 23; *Ezech.*, 18, 21.

(85) *Luc.*, 1, 44.

¿Qué más? Todo aquel que, aquejado por cualquier tipo de enfermedad, llega con fe, vuelve curado por la virtud de la santa cruz. ¿Quién podría decir la grandeza y la calidad del don que la bienaventurada otorgó a esta ciudad? De donde, todo el que vive de la fe bendice su nombre. En efecto, encomendó su monasterio, poniendo a Dios como testigo, a los excelentísimos señores reyes y a la serenísima señora Brunequilda⁸⁶, a quienes amó con caro afecto, así como a las sacrosantas iglesias y a sus obispos.

17.- *Acerca de sus emisarios, enviados a dar las gracias al señor emperador y de cómo pasaron un peligro en el mar.*

Después de haberse recibido este don celestial, la bienaventurada envió sus mensajeros, el supradicho prebitero y otros, a dar las gracias con un sencillo vestido para el emperador. A la vuelta, las olas del mar comenzaron a agitarse, soportando ellos muchos peligros, a saber, tormentas y tempestades, tales como, según decían, nunca habían visto. Durante cuarenta días y cuarenta noches su nave estuvo sometida al peligro en medio del mar. Perdiendo ya la esperanza de seguir con vida, teniendo la muerte a la vista, dándose entre sí el beso de la paz, dado que ya el mar deseaba tragarlos, viéndose en tan gran peligro, elevaban sus voces al cielo, clamando y diciendo: "Señora Rade-gunda, acude en ayuda de tus siervos, no perezamos ahogados mientras te obedecemos; líbranos del peligro de muerte, porque el mar ya está dispuesto a tragarnos vivos. Siempre que has sido invocada con fe te has compadecido. Compadécete ahora de los tuyos y ayúdalos, que no perezcan". Ante estas voces llegó, en medio del mar, una paloma, que dio tres vueltas a su nave; como volara por tercera vez, un siervo de la bienaventurada reina, llamado Banisaio, en el nombre de la Trinidad, a la que la bienaventurada siempre amó en su corazón, extendió la mano y arrancó de su cola tres plumas, y mojándo-

(86) Esposa del rey Sigiberto.

las en el mar, la tempestad amainó y, ante la invocación del nombre de la bienaventurada Radegunda, la paloma, con su aparición, devolvió a sus siervos de la puerta de la muerte a la vida, y *se hizo una gran calma*⁸⁷ en medio del mar. Ellos, clamando en alta voz, decían: “Acudiste, buena Señora, llena de piedad, a librar a los tuyos, cautivos, a fin de que no fueran sumergidos en las olas”. A su invocación, no sólo los suyos sino todos fueron liberados por el poder de la señora Radegunda. Las plumas las trajeron aquí, y aquellos que habían sido librados de la muerte, una vez acondicionadas [otras], las distribuyeron, devotamente, por lugares sagrados. Dondequiera que se le dirigieran invocaciones, benignamente las escuchó. Si un febricitante u otro con pústulas o víctima de cualquier otra enfermedad no podía llegar hasta ella debido a la gran distancia que los separaba, un cirio encendido en su nombre hacía desaparecer la fiebre. Cuánto amó a su congregación ¿quién sería capaz de decirlo? Ni (siquiera) si el plectro pulsara las cuerdas de mi lengua con cien sonidos podría yo llevarlo a efecto. Dejó ordenado que, mientras comían, se procediera siempre a una lectura, de modo que no sólo las fauces recibieran la comida, sino que también los oídos oyeran la palabra de Dios. *Todo lo que u ordenó a las otras o ella misma lo hizo, todo lo llevó a cabo por Dios. Todo lo que o prohibió hacerse o ella misma evitó hacer, todo ello o lo hizo o lo sintió [movida] por el celo de Dios y nunca carnalmente*⁸⁸. Y puesto que nunca quiso estar ociosa en relación con la obra de Dios⁸⁹, se entregaba a la oración, a la lectura, a las limosnas y a las predicaciones todos los días sin cesar, de modo que ninguna [compañera] se pudiera excusar de su ignorancia⁹⁰.

(87) *Matth.*, 8, 26.

(88) P. Santorelli remite a *Vita Caes.*, I 56.

(89) *Id.*, *Vita Caes.*, I 57.

(90) *Id.*, *Vita Caes.*, I 59.

18.- *De cómo con la señal de la cruz puso en fuga visiblemente del monasterio a miles y miles de demonios.*

Finalmente, tan gran don tuvo en sí misma, por una concepción de la divina gracia, que, imitando al maestro de humildad, que desde la cima del cielo descendió a las tierras, seguía al Señor en espíritu, a dondequiera que fuese⁹¹. Una vez que la comunidad se retiraba ya a descansar, ella, como quiera que pasaba la noche en oración, con su santa diestra, y por medio de la señal de la cruz, mantenía a salvo el monasterio. En cierta ocasión, mientras la bienaventurada hacía la señal, una de las hermanas vio que sobre el muro había miles y miles de demonios bajo aspecto de cabras; cuando la santa alzó su bienaventurada diestra con la señal de la cruz, toda aquella multitud de demonios emprendió la huida y nunca más volvió a aparecer.

19.- *Sobre un ave nocturna, que cantó en el monasterio, de cómo una criada, obedeciendo una orden suya, la hizo huir.*

De igual modo, estando una noche delante de su celda, recitando sin cesar el oficio divino con su corazón y su boca –dentro de los arcanos de su corazón, en secreto, sin cesar, resonaba la alabanza a Dios-, un ave nocturna odiada por los hombres⁹², no hacía más que molestar, posada en un árbol, en medio del monasterio. Le dice a ella una de las presentes: “Bienaventurada señora, si me lo ordenas, en tu palabra hago huir al pájaro”. Ella le dice: “Si molesta, ve, en nombre del Señor, haciendo, no

(91) El “fuese” ¿a quién se refiere: a Radegunda o al Señor? J.A.McNamara, J.E.Halborg, E.G.Whatley, en su versión inglesa, piensan en Radegunda: “wherever she went”. P. Santorelli, que pone el pasaje en relación con *Apoc.*, 14,4 (*hii qui sequuntur agnum quocumque abierit*), se inclina por el Señor.

(92) Se trata del búho. Partiendo del texto de Baudonivia, nosotros hemos llevado a cabo unas “Consideraciones en torno al búho, *nocturna avis, quae ab hominibus est ingrata*”, trabajo del que ya se han corregido pruebas, para la *Revista Estudios Humanísticos*.

obstante, sobre él la señal de la cruz". Marchó y dijo al pájaro: "En el nombre de nuestro Señor Jesucristo, la señora Radegunda te ordena que, si no has venido de parte de Dios, te marches de este lugar y que no oses, de ninguna manera, cantar aquí". Como si aquellas palabras hubieran salido de la boca de Dios, el pájaro emprendió el vuelo y no volvió a aparecer. Con razón a ella le obedecen las aves y las bestias, ya que ella nunca dejó pasar el obedecer los preceptos del Señor⁹³. Y, si a veces, por una enfermedad, hubiese querido descansar, y, con su espíritu vigilante, dijera, como llamando la atención a quien estaba recitando el salmo: "Ea, recita", nadie tenía duda de que o espiritualmente recitaba los salmos acompañada de los santos o ciertamente⁹⁴ ni siquiera el sueño la vencía⁹⁵. Su mente dirigida a Cristo, con frecuencia, incluso estando dormida, predicaba acerca del juicio futuro y del premio eterno⁹⁶, y, al despertarse, nos decía: "Recoged, recoged el trigo del Señor, porque en verdad os digo que no lo recogeréis por mucho tiempo. Ved lo que os digo: recogedlo, porque habréis de buscar este momento; verdaderamente, verdaderamente⁹⁷ habréis de buscar estos días y los echaréis mucho de menos". Y si entonces nuestra pereza escuchaba estas cosas con tibieza, he aquí que ahora comprobamos que ha llegado lo que nos dijo. En nosotras se cumplió aquel dicho del Profeta: "Os enviaré hambre a la tierra; hambre", dijo, "no de pan y de agua, sino de escuchar la palabra de Dios"⁹⁸. Aunque las predicaciones que ella instituyó siguen recitándose, desapareció, sin embargo,

(93) Como dice P. Santorelli, p. 150, 491-508, la segunda parte de este capítulo es un verdadero entresijo de lugares tomados de la *Vita Caesarii*.

(94) *Vita Caes.*, II 5.

(95) El texto latino es confuso, también aquí como en otros pasajes, debido a que, como queda dicho, Baudonivia introduce en su relato un texto ajeno.

(96) *Ibidem*.

(97) La repetición del adverbio está en el original, tanto en Baudonivia como en su fuente, *Vita Caesarii*, II 32.

(98) *Idem*, II 32; *Am.*, 8, 11.

*aquella voz reiterativa*⁹⁹, aquella admonición deseable, aquel dulce afecto. *Pues, ¡oh Dios, creador bueno, ¿quién puede nunca expresar qué rostro tuvo, qué faz, qué manera de ser?* Pero, incluso recordar esto es un suplicio. *Y es que nosotros, humildes, echamos de menos su enseñanza, su belleza, su rostro, su carácter, su ciencia, su piedad, su bondad, la dulzura que, entre los demás hombres, tuvo, en especial, recibida del Señor*¹⁰⁰.

20.- *De cómo, un año antes de su tránsito, contempló, en una visión, el lugar que se le tenía preparado.*

*Cuanto santa fue su vida, tan puro y dulce fue su aspecto*¹⁰¹. Un año antes de su tránsito contempló, en una visión, el lugar que se le tenía preparado. La visitó un joven ricamente engalanado, hermosísimo y de una edad juvenil, al hablarle el cual con suaves caricias y dulces términos, ella, celosa de sí misma, rechazaba sus requiebros. Él le dijo: “¿Por qué, encendida de deseo, me ruegas con tantas lágrimas, me buscas gimiendo, me solicitas con profusión de súplicas, te atormentas con tanto sufrimiento por mí, que siempre estoy a tu lado? Tú, piedra preciosa, sábetete que, en la diadema de mi cabeza, tú eres la primera gema”. No hay ninguna duda de que la visitó aquel a quien ella con toda devoción se le entregó, en vida, corporalmente, y le mostró la gloria de la que había de gozar. Pero esta visión en el mayor secreto se la contó, poniendo a Dios por testigo, a dos de sus más fieles, de modo que, mientras ella viviera, no se la contaran a nadie. *Y puesto que todavía hay cosas abundantes y encumbradas que pasamos por alto a causa de su prolijidad*¹⁰², no sea que nuestra propia prolijidad genere en los oyentes fastidio más bien que que muestre la claridad del discurso, en la medida en que nos

(99) *Vita Caes.*, II 32.

(100) *Idem.*, II 35.

(101) *Ibidem.*

(102) *Idem.*, II 37.

*acordamos de su amor, de su formación, de su caridad, de su predicación, de su conversación, total y absolutamente santa*¹⁰³, en esa misma medida nos atormentamos y, llenas de dolor, con los ojos hinchados, buscamos tan gran piedad, pero no encontramos lo que hemos perdido¹⁰⁴. ¡Oh condición tan dura que nos tocó a nosotras, infelices! ¡Oh piísima señora!, tenías que haber conseguido del Señor del cielo el haber conducido, delante de ti, las ovejas que habías congregado: yendo tú tras las huellas del buen pastor, habrías podido entregar el rebaño al Señor.

21.- *De su tránsito y del lamento tal como allí surgió.*

Llegamos ya a su glorioso tránsito, que no podemos narrar sin derramamiento de lágrimas. Se deslizan las lágrimas desde lo profundo de nuestro ser, prorrumpen los gemidos, pero en nada encuentran lugar para el consuelo, mientras nos lamentamos; más pecamos si hablamos menos de su fiel devoción. Hasta el día de su muerte nunca disminuyó el rezo del oficio divino, y lo que había comenzado lo retuvo en su corazón, porque no el que haya empezado sino *el que haya perseverado hasta el final, ése se salvará*¹⁰⁵. Cuando llegó al final de su vida, su cuerpo, minúsculo al haber arrastrado un largo martirio por amor de Dios, reunidas todas las beatas, llorando amargamente y lamentándose junto a su lecho, golpeando sus pechos con sus duros puños y con piedras, elevaban sus voces al cielo, clamando y diciendo: “Señor, no permitas que suframos tan grave daño; tú recuperas nuestra luz, ¿por qué nos dejas a nosotras en las tinieblas?”, y puesto que ella, fuera cual fuera la cosa importante que quisiera hacer, siempre eligió hacerlo en el día de la

(103) *Ibidem*.

(104) Una vez más, la complejidad sintáctica del texto latino es, esencialmente, debida a la introducción en el mismo de pasajes ajenos. Los traductores no han tenido más remedio que reinterpretar, en cierta medida, el texto.

(105) *Matth.*, 10, 22.

Natividad del Señor, su glorioso tránsito sucedió así: a primera hora del cuarto día¹⁰⁶ de los Idus de Agosto, que es el 13 de ese mes, se cerraron sus ojos y se oscurecieron los nuestros¹⁰⁷.

22.- *De unos picapedreros que estaban trabajando; al ocurrir el tránsito, oyeron a un ángel que hablaba de ella.*

¡Ay de nosotras, porque hemos pecado¹⁰⁸; nuestro corazón está oprimido por el dolor; lloramos y nos lamentamos porque no hemos merecido tenerte durante más tiempo en nuestra compañía! La misma mañana, cuando cayó sobre nosotras tamaña desgracia, cuando una sola voz, un solo lamento y un solo clamor penetraba en los cielos, [he aquí que] unos picapedreros, que estaban trabajando en el monte, oyeron a un ángel hablar en el aire, [quien] decía a los otros: “¿Qué hacéis? Dejadla todavía”. Puesto que estas voces llegaron a oídos del Señor, los ángeles que la transportaban, respondiendo, dijeron: “Ya está hecho”. ¿Qué haremos? La recibió el paraíso, donde disfruta de la gloria en compañía del Señor. Creemos que no nos separa de su lado, ella que quiso complacer a aquel con quien reina. Así pues, una persona tal no debemos llorarla, sino reverenciarla. A decir verdad, hemos perdido en el presente siglo una señora y

(106) El cuarto día de la semana, esto es, el Miércoles, según una tradición que quiere que Jesús naciera el día en el que, según se cuenta en el *Génesis*, 1, 14-19, Dios creó las luminarias del cielo, el sol y la luna. A esta interpretación se acomodan, por ejemplo, los traductores de la versión inglesa. Ahora bien, P. Santorelli, en su comentario al pasaje, remite a Y. Labande-Mailfert, “Les débuts de la Sainte-Croix”, pág. 111, nota 55, quien sostiene que Baudonivia se refiere al día de la semana en que cayó la Natividad el año anterior a la muerte de Radegunda, es decir, a la del año 586 y que cayó, en efecto, en Miércoles. P. Santorelli reconoce que la cuestión es muy compleja y, para su dilucidación, remite a H. Rahner, *Mitti greci nell'interpretazione cristiana*, Bologna, 1971, 149-178.

(107) Radegunda murió el 13 de agosto del año 587. Dado que no sabemos con exactitud la fecha de su nacimiento, ignoramos la edad que tenía al morir. Por lo general se admite que debió de nacer en torno al 520, por lo que cabe pensar que, a su muerte, tendría unos 67 años.

(108) *Thren.*, 5, 16.

una madre, pero hemos enviado por delante, al reino de Cristo, a una intercesora. *Ciertamente fue motivo de un gozo admirable en los cielos, pero en la tierra nos dejó un intolerable luto*¹⁰⁹.

23.- *Gregorio, obispo de Tours, vino a enterrarla; vio en forma humana el rostro de un ángel verdaderamente resplandeciente.*

Cuando su santa alma emigró de este siglo a Cristo, no estaba allí el obispo del lugar¹¹⁰. Un mensajero fue en busca del varón apostólico el señor Gregorio, obispo de la ciudad de Tours y [éste] vino, y de todo lo que, presente, contempló con sus [propios] ojos, antes de enterrarla, así como acerca de sus milagros, dejó constancia en el libro que compuso acerca de los milagros¹¹¹. Ahora bien, cuando llegó al lugar donde yacía el santo cuerpo –él después decía, bajo juramento, con lágrimas en los ojos, que había visto, bajo forma humana, el rostro de un ángel y que la faz [de la difunta] resplandecía como rosa y como lirio- de tal modo se echó a temblar y fue sacudido por el miedo, como si el devoto varón, lleno de Dios, estuviera ante la presencia de la bienaventurada madre del Señor. Se esperaba al obispo del lugar, a fin de enterrarla con un honor digno. Toda la comunidad, permaneciendo junto a su lecho, recitaba salmos; cuando cesaba un tanto el coro de los salmos, se dejaba sentir un lamento intolerable. Se esperó al obispo durante tres días porque andaba visitando las aldeas; pero, como no llegó, el supradicho varón apostólico, confiando en su amor, porque *el*

(109) *Vita Caes.*, II 49.

(110) Por segunda vez Maroveo, obispo de Poitiers, se halla sospechosamente ausente con ocasión de un acontecimiento importante relacionado con Radegunda. En el capítulo 16 se trataba de la entronización de la reliquia de la santa Cruz en el monasterio de santa María. Bien conocidas son las pésimas relaciones entre el obispo por un lado y Radegunda y el monasterio por otro.

(111) Gregorio nos ha dejado un relato minucioso de su papel en el entierro de Radegunda, así como del clima de desolación y dolor que se encontró en el monasterio, en el capítulo 106 de su *De gloria beatorum confessorum*.

*amor perfecto echa fuera el temor*¹¹², en la basílica fundada bajo la advocación de santa María, donde son enterrados los sagrados cuerpos de las vírgenes de su monasterio, le dio sepultura con un honor digno.

24.- *Sobre cómo transportaron su cuerpo bajo el muro del monasterio, donde también un ciego recobró la vista.*

Mientras, al pie del muro, era transportado su santo cuerpo en medio de un canto de salmos –porque estaba establecido que ninguna, en vida, saliera fuera, cruzando la puerta del monasterio¹¹³-, estando toda la comunidad lamentándose encima del muro, hasta el punto de que su lamento sobrepasaba el canto de los salmos, ofrecían lágrimas en vez de salmos, *en vez de cánticos, bramidos, y gemidos en vez de aleluyas*¹¹⁴. Desde arriba rogaron que el féretro, en el que era transportada la bienaventurada, hiciera un alto al pie de la torre, soportando muy a duras penas su ausencia. Pero el Señor, a fin de poner de manifiesto a su fiel en medio del pueblo, allí, mientras el santo cuerpo hizo un alto, devolvió la vista a un ciego. Aquel que, durante muchos años, no había visto la luz del día, recuperó la visión;

(112) *I Ioh.*, 4, 18.

(113) El capítulo primero de la Regla redactada por san Cesáreo para las monjas del monasterio de Arles y que, a partir de un determinado momento, rigió la vida de las religiosas del monasterio de Poitiers, dice así: *Si qua, relictis parentibus suis, saeculo renuntiare et sanctum ovile voluerit introire, ut spiritualium luporum fauces Deo adjuvante possit evadere, usque ad mortem suam de monasterio non egrediatur, nec de basilica, ubi ostium esse videtur*. Radegunda fue enterrada en la iglesia de Sainte-Marie-hors-les-murs, iglesia, que, a iniciativa de la propia Radegunda comenzó a edificarse, a escasa distancia pero fuera de las murallas de la ciudad, para servir de lugar de sepultura a las monjas de Notre-Dame, antes del 561: véase Robert Favreau/Marie-Therèse Camus, “Le chapitre et l’église de sainte Radegonde à Poitiers”, en *La vie de sainte Radegonde ...* pág. 251 (la primera parte del trabajo, “Le chapitre”, págs. 251-4 y Notas en pág. 258, pertenece a R. Favreau; la segunda, “L’église”, págs. 254-7 y Notas en pág. 259, a Marie-Thérèse Camus).

(114) *Vita Caes.*, II 47.

el que había venido traído de la mano, en pos del féretro se llegó al santo sepulcro, sin que nadie le ayudase, viendo como si no hubiera tenido ninguna deficiencia en los ojos, y hasta el día de hoy ve con claridad.

25.- Sobre qué maravillas hizo el Señor en relación con sus cirios, que un muchacho sostenía junto a su sepulcro.

No pasemos por alto otro milagro. Cuando el mencionado obispo le dio sepultura, no colocó la tapa del féretro, a la espera de que llegara el obispo del lugar. Las mujeres seglares, que llevaban cirios ante ella, todas ellas permanecían en círculo en torno al sepulcro. Cada una de ellas tenía escrito su propio nombre en su cirio; siguiendo el rito [fúnebre], todas entregaron los cirios a uno de los sirvientes. Una discusión surgió entre el pueblo: unos decían que los cirios deberían ser depositados en su sepulcro; otros decían que no. Mientras esto se discutía, he aquí que uno de los cirios, desde el brazo del muchacho que los tenía todos, saltó a lo alto, pasando por encima de todo el pueblo, y vino a colocarse en el sagrado sepulcro, a los pies de la bienaventurada, y dejó claro aquello sobre lo que tenían sus dudas. Mirando el nombre de quién sería el cirio, se encontró el nombre de "Calva". Viendo esto el obispo y todo el pueblo, admirando el poder de la bienaventurada Radegunda, bendijeron al Señor. ¿Quién sería capaz de enumerar cuántos milagros se hicieron allí después de su muerte, cuántos endemoniados fueron liberados, cuántos aquejados de fiebre recuperaron su salud?

26.- Sobre el abad Abón, víctima de un fuerte dolor de muelas; vino al sepulcro de la señora Radegunda y, al morder el velo que cubría su cuerpo, recibió la curación.

Viniendo de la Burgundia, en compañía del varón apostólico el obispo Leifasto, un abad llamado Abón, mientras se encontraba en la ciudad de Poitiers fue víctima de un fuerte

dolor de muelas. De día y de noche sólo tenía una voz, sólo un dolor, deseando morir con tal de verse libre de tan gran sufrimiento. Éste, por inspiración de la divina misericordia, rogó ser conducido a la basílica de la santa. Una vez que, dentro, se arrojó a tierra, lleno de fe, ante el santo sepulcro, teniendo la muerte a la vista, cogió con los dientes el velo que cubría el cuerpo [de la santa], colocado sobre el santo túmulo. El que durante siete días ni había tomado comida ni había podido reponerse con el sueño, con esta mordedura del velo cayó en un profundo sueño, el dolor desapareció y volvió, curado, al albergue. Después esto, al contarle él, lo conocieron muchos, cuando reconocía que, gracias al poder de la señora Radegunda, había sido reclamado desde la puerta de la muerte.

27.- *Sobre unas mujeres endemoniadas, que se agitaban como bacantes en la basílica de san Hilario. Yendo tras el abad Arnegisilo, que venía del monasterio de santa Radegunda, los energúmenos¹¹⁵ vinieron, dando gritos, desde la basílica de san Hilario hasta el sepulcro de santa Radegunda y allí recuperaron la salud.*

Y, dado que en la festividad de san Hilario los demás monasterios próximos que hay allí en el entorno tienen por costumbre celebrar hasta la media noche vigiliás, a media noche cada abad, en compañía de sus hermanos, vuelve a su monasterio para celebrar el oficio divino. Todo el tiempo en que estuvieron en vela en la basílica del bienaventurado obispo, unos energúmenos, a lo largo de toda la noche, estuvieron dando gritos, y entre ellos había dos mujeres a las que el enemigo atormentaba gravemente; especialmente una tanto se agitaba como una bacante que a sus alaridos temblaba toda la basílica. Después que el varón venerable Arnegiselo, abad de la basílica de la bienaventurada reina, salió de allí en compañía de sus monjes, dirigiéndose a celebrar el oficio divino en su basílica, la que ella tanto había amado, oyeron que aquellas mujeres venían

(115) Ver lo que dice Santorelli, p. 157, 624.630 sobre el término *inergumeni*.

tras ellos dando gritos. Ellas, habiendo entrado, vociferando, en la basílica, suplicaban a la señora Radegunda que las perdonara. Una de ellas, que era atribulada más gravemente al hacer ya quince años desde que el espíritu maligno la flagelaba, entonces –se recitaban maitines– el enemigo, enfurecido, abandonó el vaso¹¹⁶ que había invadido¹¹⁷. La otra fue liberada durante el recitado de tercia¹¹⁸, ante la puerta de la basílica, y, a partir de aquel momento, el más perverso de los enemigos no tuvo poder para hacerles ningún daño. ¡Qué generosa y rica es la misericordia de Dios, que hace que a los suyos se les tenga un temor reverencial y, otorgador y dispensador de virtudes, busca ocasiones en las que hace ostentación de su poder a través de sus fieles! Algunos se vieron libres junto a la basílica del santo varón, mientras que otros se dirigieron a la basílica de la señora Radegunda, de modo que, como era igual su gracia, quedara puesto de manifiesto que era igual, también, su poder.

28.- *Sobre su velo, que, colocado sobre el túmulo, el guardián impregnó en el agua de un cáliz, y cómo, dada la copa a un febricitante, al instante éste recuperó la salud.*

¿Quién, al encontrarse mal, aunque desesperado de la vida, si el guardián de su sagrado sepulcro impregnó en el agua de

(116) El texto latino dice: *inimicus vas quod invaserat reliquit*, donde *vas* está empleado metafóricamente por “cuerpo”, como lo hace observar P. Santorelli, en su comentario al pasaje (pág. 158), quien ofrece diversas referencias al respecto. Por nuestra parte hagamos notar que V. Fortunato, en el cap. 1 de su *Vita Radegundis*, hace el mismo empleo de *vas*: *habendo in vasis fictilibus thesauros caeli reconditos*, glosando la sentencia de san Pablo, *II Cor.*: *habemus autem thesaurum istum in vasis fictilibus*. El mismo apóstol parece emplear la misma metáfora en *Thes.*, 4, 4, y en *II Tim.*, 2, 21.

(117) El anacoluto constituido por “una de ellas”, sujeto de un verbo ausente, está en el original: *Una ex illis, quae gravius tribulabatur, iam ter quinos habens annos, ex quo eam spiritus flagellabat, tunc –matutina dicebatur,– seviens inimicus vas quod invaserat reliquit*.

(118) El texto dice *ad terciam*. P. Santorelli traduce: “all’ora terza”; la versión inglesa: “at Terce”. El hecho de que la primera endemoniada se haya visto

un cáliz la extremidad del velo y dio la copa al acosado por la fiebre, permaneciendo ante su santo sepulcro, no cayó sobre él un sopor y la enfermedad desapareció? Gracias a la generosidad de Cristo, todos los días, en el nombre del mismo Señor Jesucristo, se llevan a cabo muchos milagros allí, desde donde ella se marchó de este mundo. *También nosotros, con fiel devoción y diligencia debida, veneramos en la tierra a quien en cuya alma confiamos, nos alegramos y nos gloriamos de que brille en los cielos con la ayuda de aquel mismo que, con el Padre y el Espíritu Santo, vive y reina por los siglos de los siglos. Amén*¹¹⁹.

FRANCISCO PEJENAUTE RUBIO
Universidad de Oviedo

durante el rezo de maitines (el abad y sus monjes están celebrando el oficio divino) nos anima a pensar que *terciam* hace referencia a una de las partes del oficio divino.

(119) *Vita Caes.*, II 50.